

## Aspectos gramaticales y estilísticos del número

---

1.1. Desde antiguo el número aparece en las gramáticas como accidente del nombre o sustantivo. En la primera de las gramáticas castellanas (1492) Elio Antonio de Nebrija escribe:

Número en el nombre es aquello por que se distingue uno de muchos. El número que significa uno llámase singular como *el ombre, la muger*. El número que significa muchos llámase plural, como *los ombres, las mugeres*<sup>1</sup>.

Casi en los mismos términos se expresan el *Arte de la lengua española y castellana* del M.<sup>o</sup> Gonzalo Correas<sup>2</sup> y las demás gramáticas españolas antiguas y modernas, incluso la *Gramática de la lengua española* de la Real Academia de 1879, reformada en 1931.

1.11. Dicha escueta definición (que se ha prestado a veces para aplicaciones mecánicas —y erróneas<sup>3</sup>—) vale sólo para entidades numerales.

En efecto, las gramáticas científicas tradicionales hacen preceder al estudio del plural algunas consideraciones sobre el nú-

---

<sup>1</sup> *Gramática castellana*, ed. P. Galindo Romeo (Madrid, 1946), página 69, 8-10.

<sup>2</sup> Ed. moderna de E. Alarcos (Madrid, C. S. I. C., 1954), pág. 145.

<sup>3</sup> Lo demuestra la propia Academia cuando cita, como ejemplo de plural: "La mujer hacendosa trabaja todo el día. Las mujeres hacendosas trabajan todos los días" (§ 11b).

mero aritmético (cf. S 38-39), cuyo concepto presupone especulación filosófica<sup>4</sup> y requiere estudios de psicología e investigaciones etnológicas en cuanto que la capacidad de contar y de emplear el plural no es de todos los pueblos ni de todos los tiempos (cf. Lenz, 159-160).

1.12. Tras presentar el número como accidente del nombre, Nebrija pasa a considerar los nombres propios, singulares por antonomasia (págs. 70.22-71.5), y a subdividir los demás nombres, por la observación de su forma, en las tradicionales (y mal delimitadas) categorías de *singularia* y *pluralia tantum* (págs. 71.5-27). La consideración de los materiales ilustrativos que nos ofrecen el humanista andaluz y los gramáticos sucesivos hasta hoy, dentro de una tradición plurisecular, debería ponernos sobre aviso acerca de los problemas suscitados por la aplicación heterogénea de los términos *singular* y *plural*.

1.21. En lo formal, el número, según las gramáticas tradicionales desde Nebrija, cae bajo el concepto de la declinación (de la que se considera el único resto) y se presenta en los respectivos paradigmas, como en la gramática latina. Oigamos una vez más al "Antonio":

Declinación del nombre no tiene la lengua castellana, salvo del número de uno al número de muchos... Los casos en el castellano son cinco. Así que pueden reducir todos los nombres a tres formas de declinación. La primera, de los que acaban el singular en *-a* y, añadiendo *-s*, embían el plural en *-as*, como *la tierra, las tierras*; sácanse los que tienen acento agudo en la última sílaba porque sobre el singular reciben esta terminación *-es*, como *alvalá, alvaláes, alcalá, alcaláes*, y assí diremos una *a*, dos *aes*, una *ca*, dos *caes*. La segunda, de los que acaban el número de uno en *-o* y añadiendo *-s* embían el número de muchos en *-os*, como *el cielo, los cielos*. La tercera, de los que acaban el número de uno en *d, e, i, l, n, r, s, x, z*, porque en las otras letras ningún nombre acaba salvo si es bárbaro, como *Jacob, Isaac*, y embían todos el número de muchos en *-es*, y fórmanse del singular añadiendo *-es*, si acaban en *-i* o en algunas de las consonantes, o añadiendo solamente *-s*

<sup>4</sup> Cf. J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía* (Buenos Aires, 1958), s. v.

si el singular acaba en *-e*, como *la ciudad, las ciudades, el ombre, los ombres, el rei, los reies, el animal, los animales, el pan, los panes, el amor, los amores, el compás, los compases, el reloj, los relojes, la paz, las pases*; sácense los que acaban en *-e* aguda, porque sobre el singular reciben esta terminación *-es*, como *el alquilé, los alquilées, la fe, las fees*, y así dezimos una *b*, dos *bees*, una *d*, dos *dees*; también se saca *maravedí*, que por aquesta regla avía de hazer *maravedies*, y haze *maravedís*; esso mesmo en las palabras que acaban en *x*, como *relox, balax*, mas parece que en el plural suena *i* consonante que no *x*, como *relox, relojes, carcax, carajes* (págs. 69.II-70.I) <sup>5</sup>.

Lo cual, reducido a esquema, rezaría:

1.<sup>a</sup> decl.

sing.: <i>-a</i> <i>tierra</i>	pl.: <i>-as</i> <i>tierras</i>
Excepciones: <i>-á</i> <i>alvalá</i>	pl.: <i>-aes</i> <i>alvalaes</i> et al.

2.<sup>a</sup> decl.

sing.: <i>-o</i> <i>cielo</i>	pl.: <i>-os</i> <i>cielos</i>
----------------------------------	----------------------------------

3.<sup>a</sup> decl.

a) sing.: <i>-d, -e, -i, -l, n,</i> <i>-r, -s, -x, -z</i> <i>ombre, ciudad, rei</i>	pl.: <i>-es</i> <i>ombres, ciudades, reies</i>
Excepciones: <i>-é</i> <i>fe</i>	pl.: <i>-ées</i> <i>fees</i> et al.
Excepción: <i>-í</i> <i>maravedí</i>	pl.: <i>-ís</i> <i>maravedís</i>

El esquema de Nebrija, en que *alquilé* denota la forma etimológica, y en el que *maravedís* aparece como excepción a una "regla" no del todo explícita, pasó a las gramáticas siguientes hasta codificarse en la académica, con la influencia que veremos en millones de hablantes. Según el § 30 de dicha gramática, los nombres que terminan en vocales no acentuadas y *e* acentuada forman el plural añadiendo una *-s* al singular (*carta*, pl. *cartas*, *café*, pl. *café*s); los que terminan en vocal acentuada, excepto *-e*,

<sup>5</sup> También J. Miranda, en su *Osservationi della lingua castigliana* (Venecia, 1566), señala este último tipo: *el carcax, los carcages, el reloj, los relojes*, explicando este cambio "per il mal suono", pág. 48.

reciben en plural la sílaba *es* (*bajá, carmesí, rondó, tisú, bajaes, carmesíes, rondóes, tisúes*). También la reciben los que acaban en consonante (*atríl, carmen, mes, etc.; atríles, cármenes, meses, etc.*). Los vocablos de más de una sílaba acabados en *-s* y no acentuados en la última vocal son idénticos en singular y plural (*Carlos* (sic), *crisis, dosis, etc.*).

1.22. En años más recientes, si nos es lícito limitarnos a uno solo de entre los muchos ensayos de gramática estructural y de la generativa, la regla para formar el plural en español se ha reducido a este esquema:

$$\text{Pl. } \left\{ \begin{array}{l} s/ \left\{ \begin{array}{l} \dot{V} \\ \acute{e} \end{array} \right\} - \\ O/ \left\{ \begin{array}{l} \dot{V}_s \\ C \end{array} \right\} - \\ es/ \left\{ \begin{array}{l} C \\ \dot{V} \end{array} \right\} \end{array} \right\} (\text{si } \dot{V} \neq \acute{e})$$

donde  $\dot{V}$  ha de interpretarse como vocal átona,  $\dot{V}$  como vocal tónica. Dicha fórmula, atribuida a S. Saporta por J. Foley, se reduce aún mucho más en un ensayo de este alumno suyo, el cual, para las palabras que terminan en vocal tónica (menos *-e*), parte de una base en *-e* (*bajae*, pl. *bajaes*; pero v. i. 5.3), para las que terminan en *-é*, de una base en *-ce* (*cafee*, pl. *cafées* > *cafés*), para las que terminan en consonante, de una base no apocopada (*mese, razione*, pl. *meses, razones*), para los plurisílabos en *-s*, de la base inalterada a la que en plural se agregaría una *-s* (*luness* > *lunes*)<sup>6</sup>. Con lo cual el plural en español se vendría a formar para todas las palabras por la adición de una *-s*.

2.1. En nuestros apuntes entramos empíricamente en el argumento. En la mayoría de los casos partiremos del plural y no del singular. Varias razones nos mueven a ello: el plural es la

<sup>6</sup> Para la formación del plural según sistema generativo parte F. de formas base abstractas, y aplica las reglas de contracción de segmentos sucesivos idénticos, y la apócope. Se respalda para ello también en ejemplos sacados de la conjugación, como *vivís viv-i-is*. Por otro camino llegamos a algunos de los mismos resultados, pero evitamos elevar *bajá*, plural *bajaes* a paradigma, como hace F. dejándose llevar por los ejemplos aducidos en la gramática tradicional.

forma que generalmente lleva un signo morfológico distintivo que lo marca respecto al singular y no viceversa <sup>7</sup>.

El plural, comó término de comparación, permite aquilatar mejor los usos del singular cuando expresan pluralidad. Además, el plural en la morfología del español designa entidades que se presentan en la realidad en parejas o en partes simétricas. Las formas marcadas con el signo de plural delatan las eventuales contradicciones entre el signo morfológico y el contenido o sustancia semántica. Por fin, el plural se impone a nuestra atención para una serie de observaciones de carácter estilístico, y aun semántico y lexicográfico, que los lingüistas podrán organizar dentro de sendos apartados. En cambio, el colectivo, los nombres de sustancia extensa y las palabras abstractas y nombres propios nos obligarán a partir del singular.

Damos por supuesta la consideración del género, anterior y más "interior" a la palabra que el número, para la que remitimos ahora al ensayo sistemático de A. M. Echaide, "El género del sustantivo en español: Evolución y estructura", *Ibero-romania*, I (1969), 89-124.

2.2. Nuestro fin es esencialmente práctico: por los ensayos intercalados en la bibliografía, el lector que lo desee podrá encaminarse hacia el estudio teórico de los datos lingüísticos fundamentales sobre el número. Por nuestra parte, nos contentamos con ofrecer una serie de ilustraciones sacadas de varios ámbitos del idioma, y algunas sugerencias para la comparación del español con otras lenguas, en particular con el italiano.

2.3. Nuestra consideración debería ser necesariamente sincrónica, dirigiéndose hacia el idioma contemporáneo del uso, pero no puede prescindir de ciertas consideraciones históricas, no tan sólo por los paralelos que ofrecen otras épocas con la nuestra, sino por la influencia que ejercen la lengua y preceptiva del pasado en el uso presente. Tampoco puede hacer caso omiso de la prosa elevada y de la poesía, ya que los modelos literarios se su-

---

<sup>7</sup> "Término marcado es el que posee la marca de correlación frente al no marcado, que carece de ella", LC, 272. Así *buena* f. frente a *bueno*, *bancos* frente a *banco*, marcados respectivamente con el signo del género y del número.

man a la preceptiva en contrarrestar los procesos de relajación y pérdida del signo del plural, y a veces la reducción a singular o viceversa; es más, el recuerdo de las enseñanzas escolares y el prurito de erudición, junto con la tendencia analógica, hacen que el que habla o escribe vaya más allá de los modelos introduciendo el signo de plural aun donde no indica oposición alguna. Por estas y otras razones, el lector hallará reminiscencias de clásicos entremezcladas entre textos coloquiales, y citas de salmos y de poetas entre contextos que reflejan más o menos directamente el habla de todos los días. Todo ello en un ensayo que no ha nacido como encuesta lingüística, sino como intento de animar a ella.

3.1. El signo de plural en español es *-s*, vaya o no vaya precedido de una *-e-* de apoyo: “las estatuas de dioses extraños” Ps. 15: 4. Cuando, por ejemplo, se crea un neologismo por *aquí-cope*, el hablante no dudará en formar el plural siguiendo el modelo de las palabras ya existentes: *bici*, plural *bicis* (“Usted no tendrá inconveniente, ¿verdad?, que dejemos las bicis aquí, como el año pasado”, RSFJ, pág. 15). Prescindiendo de los fenómenos inherentes a la fonética sintáctica y a la relajación, todas las palabras españolas usadas en plural, con poquísimas excepciones, terminan, pues, en *-s*, o por agregarse este fonema o por hallarse ya en singular. En lo cual podemos decir que el español presenta una uniformidad mucho mayor que otros idiomas, entre ellos, sin ir más lejos, el italiano<sup>8</sup>. Los mismos cultores de la lingüística estructural que forcejean con palabras como inglés

---

<sup>8</sup> En mi idioma y en sus dialectos, como es sabido, el plural puede formarse con morfema cero o por sufijación, prefijación y otros cambios fonéticos. Lo atestigua la gramática de Rohlf's, cuya abundante documentación sólo roza la superficie de la extraordinaria variedad dialectal que caracteriza a Italia, como he tenido ocasión de constatar en Pulla. Mucha oscilación caracteriza también al italiano literario y al italiano del uso. Cf., para los nombres en *-co* y *-go*, P. G. Goidànich, *La gutturale e palatina nei plurali dei nomi toscani della prima e della seconda declinazione* (Salerno, 1893), 96 págs., reimpresso en resumen en *Saggi linguistici* (Modena, 1940), págs. 155-196, y las observaciones de A. Leone, “I nomi in *-co* e *-go*”, *Lingua Nostra*, XVIII (1957), 87-91. Sobre los nombres en *-cia* y *-gia* pueden servir las páginas de B. Migliorini en la misma revista, X (1949), 24-26.

*children* para hallarle morfema de plural, logran reducir la oposición singular/plural en español a esquemas bien encasillados.

3.2. La “mecánica” del plural español es bien sencilla, ya que, si prescindimos de fenómenos regionales como la aspiración de la gutural inicial en el andaluz, por ejemplo, de Málaga (“lo harbanso”), y de la aféresis de la *d-* (“doth ocnas”), puede decirse que la variación para formarlos afecta sólo a la terminación de la palabra <sup>9</sup>.

Recordaré incidentalmente que la repetición, que en los idiomas primitivos sirve para la formación del plural, se da en español en onomatopeyas (cf. “Hay otras cualidades, tampoco vas a negar; pero de eso de un día y otro y pun pun y dale que te pego... de eso nada, fijate, ni noción”, RSFJ, pág. 148). También podrían mencionarse palabras usadas para dirigirse a niños, como *trastrás*: “Te voy a dar trastrás” (con movimiento repetido de la mano para simbolizar palos)<sup>10</sup>, o veces expresivas que indican reiteración del mismo sonido, como *frufnú* (“No levantaba la vista por no tener que reconocer nada ni a nadie. Sabía —como quizá sepan los ciegos—, herido por el frufnú de formas deslizándose a mi alrededor...”, VSZ, pág. 312), *fríe-fríe* (“Otras veces ese rasguear se desgranaba hasta no ser sino un chisporroteo de notas sofocadas, o un *fríe-fríe* menudo, o un apretar y romper de hojas secas en una mano, o una lluvia sobre el

---

<sup>9</sup> Tienen sólo una relación indirecta con el plural, en cuanto indican plural concomitante, los nombres derivados con ciertos prefijos, o compuestos, como *bicéfalo*, *cuadrilátero* o *bi-tri-cuatrimotor*, y el más culto *tetramotor*. Indican plural implícito en el tiempo el pref. *bis* + *bisabuelo*, *bis-* o *bisnieto* y los más castizos *tatarabuelo* y *tataranieto* (de *tras* + *abuelo* y *nieto* y por repetición y anaptixis) cf. en los DL: “eredador o biseredador” (1219). 1.27. (Obsérvese de paso que la lengua contemporánea usa también *bis* pospuesto: “vive en el núm. 29 bis”, y en son de guasa: “Que tuvieras otro novio antes que yo, pase; que se llamara Roberto, pase también; lo que no puedo soportar es que me llames Roberto bis”). Aquí la relación en lugar de estar proyectada hacia el pasado lo es hacia el futuro.

<sup>10</sup> DCE trae la palabra sin doc. ni comentario. Creo que se ha empleado también fuera del ámbito infantil. La he encontrado, con un sentido no muy claro en LYang: “tinié tomada la tierra / con sus armas y trastrás”, FC, II, 71-72.

mar”, *ibíd.*, pág. 205), *runrún* (“Un runrún que va siendo rumor de compañía. Extremo pacto”, JG, pág. 56), *tic-tic* (“Y su tic-tic, olvidado / por repetido, golpea”, CRAAM, pág. 56). V. q. *glu-glu*, *pío-pío*, *tilín-tilín*. La vacilación ortográfica, a la par que el uso alternante con o sin elementos de determinación, demuestran que nos hallamos en el límite de lo que puede llamarse palabra. Dudaría, pues, en hablar siquiera de “colectivos” (cf. Baldinger, pág. 10), y traigo a colación estos ejemplos solo como términos de parangón, bajo la susodicha rúbrica.

4.1. Para la comparación diacrónica con otros idiomas será bueno recordar que el español hereda el signo del plural del indoeuropeo, de donde llega por mediación del acusativo de plural latino; ese mismo acusativo de plural que en los primitivos documentos se halla entreverado en textos romances: “Facta carta. xl.º Kalendas augusti anno Domini. M.º CC.º LX.º I.º”, DL, 46 (1223), 24-25. Con continuidad inalterada, palabras en plural, que terminan en -s, se transmiten de la lengua de los orígenes a la de hoy, y otras muchas se forman en el mismo molde. Basta recorrer, por ejemplo, las Glosas Emilianenses de la primera mitad del siglo x: “Incolumes] sanos e salbos 30, pauperibus reddet] qui dat a los mesquinos 48, alicotiens] alquandas beces 73”; o las Glosas Silenses: “femine religiose] sanctas, mondas 23”, *Oríg.*, páginas 3-14.

4.21. El español se diferencia, por tanto, del italiano en que el plural femenino, según recientes investigaciones documentales, sería fruto de la transformación -as > -ai > -e<sup>11</sup>, mientras que para el plural masculino ha prevalecido la terminación -i > -is<sup>12</sup>; español *libros*, italiano *libri*; español *tablas*, italiano *tavole*; español *señores*, italiano *signori*.

4.22. Se diferencia del francés en cuanto la -s en este idioma ha enmudecido (cuando no intervienen factores de fonética

<sup>11</sup> Cf. R. L. Politzer, “On the Origins of Italian Plurals”, *Romanic Review*, XLIII (1952), 272-281 y como más reciente y doc. P. Aebischer, “La finale -e du féminin pluriel italien”, *Studi linguistici italiani* I (1960), 5-48.

<sup>12</sup> Cf. P. Aebischer. “La finale -i des pluriels italiens et ses origines”, *Studi linguistici italiani*, II (1961), 73-111. V. q. Politzer, loc. cit. Como es sabido -i es también la terminación del plural en rumano; cf. L § 598.



sintáctica), tras una evolución distinta del origen bicasual (el fr. arc. conservaba el *casus rectus* o nominativo, y un *casus obliquus*, en que confluyeron los demás casos; cf. para los nombres procedentes de la 2ª decl. lat., L, § 598). La relajación progresiva de la -s y el comportamiento actual de las palabras así afectadas constituyen un instructivo término de comparación para con el español.

4.23. Éste se agrupa con el catalán, el portugués, el sardo y el retorromano, o sea con las lenguas románicas en las cuales la flexión bicasual se perdió antes de la época literaria (L, § 585) y que mantienen la -s del acusativo.

4.231. Pero del catalán se distingue sobre todo por el hecho de que la terminación -s en este idioma puede agregarse directamente al tema consonántico, con consecuencias acústicas importantes para la fisonomía del idioma; a saber: *camp/camps*, *paret/parets*, *lloc/llocs*, y hasta *index/indexs*<sup>13</sup>.

4.232. En la época arcaica del español Menéndez Pidal señala *sorors*, *casals*, *ortals*, Orig., § 38.3, pero como catalanismos del antiguo aragonés. Huelga señalar que, de haber prevalecido esta influencia, no nos chocarían por inusitados unos sonidos que hoy sólo se encuentran en tecnicismos como *biceps*, *triceps* y en neologismos de origen extranjero.

5.1. Si consideramos la unión entre el signo -s y el tema, vemos que las palabras que en singular terminan en -o hacen -os en plural, *amigo*, plural *amigos*, las que terminan en -a, hacen -as, *amiga*, plural *amigas*, viniendo así a sumarse, en la mayoría de los casos, el signo del número al del género. A este tipo han de sumarse también los pronombres (y adjetivos) demostrativos *estos*, *esos*, que en su forma singular por razones

---

<sup>13</sup> Pero *pretext/prextos*; v. q. *desig* que en la lengua literaria tiene plural en -s: *desigs*, pero en el habla corriente hace *desitjos* (BM). La tendencia en el habla es la forma plural en -os como, por ejemplo, *llápisos* por *llápis*; además, los nombres acabados en sibilante toman normalmente esta terminación: *esforç*, pl. *esforços*, *mateix*, pl. *mateixos*, *pagés*, pl. *pagesos*. Es de notar que los grupos consonánticos no se pronuncian siempre con todos los sonidos representados por ellos; así *aquests*, suena *aquets* (como no sea que se use la vocal de apoyo, -o-, *aquestos*), *desigs* se pronuncia *desig*, y *malalts* queda reducido en la pronunciación a *malals*.

etimológicas terminan en *-e*. Las voces que terminan o terminaban así en sus orígenes romances, y las que se suman a esta clase por analogía, hacen el plural en *-es* (quedando el género sin caracterizar): *hombre*, pl. *hombres*, *calle*, pl. *calles*. Con lo cual puede concluirse que las palabras españolas terminan casi todas en *-os*, en *-as* o en *-es*, y no parece tan descaminado hablar, como hacían los gramáticos antiguos, de declinaciones, ya que en la conciencia del hablante hay tres tipos de plural, no sin trasiegos entre uno y otro<sup>14</sup>. Las que terminan en plural en *-is*, *crisis* (v. i. 5.2) y en *us* (*tribus*) son una cantidad proporcionalmente insignificante.

5.II. Habrá que puntualizar algo más las palabras que en plural terminan en *-es*. Esta clase comprende, como ya señalamos, voces masculinas que acaban en singular en *-e*, como el ya citado *hombre* < *honine(m)*, y como *nombre*, *roble* y otros muchos vocablos que se derivan de neutros latinos con la *-n* o *-r* que pasan a consonante interior (cf. MPidal, § 77.1c), y femeninos, como *hambre* o *tiple* (“¿Y las dos tiples?”, AQE, pág. 509).

Comprende, por fin, las palabras que aún hoy (después del restablecimiento de la *-e* tras labial, *nief* > *nieve*, africada, *noch* > *noche*, y consonantes agrupadas *mont* > *monte*) terminan en consonante, a saber, en dental: *pared*, pl. *paredes*, nasal alveolar: *alacrán*, pl. *alacranes*, vibrante: *flor*, pl. *flores*, lateral: *árbol*,

---

<sup>14</sup> Como, por ejemplo, en el caso de *exprés*, cuya forma “correcta” se oye casi sólo en plural, *expresos*, ¿acaso más que por purismo, por atracción del plural en *-os*? Cf. el siguiente problema, publicado en el *Globo de colores* (Madrid, Aguilar, 1964, pág. 42), bajo el título “los dos expresos”: “El exprés Madrid-Barcelona sale a las 19,30 y va a una velocidad de 90 kms. por hora. El exprés Barcelona-Madrid sale media hora más tarde y va a una velocidad de 120 kms. por hora. Cuando se crucen, ¿cuál estará más cerca de Madrid?”. No sé que se haya estudiado el (posible) papel del plural en el trasiego de una declinación y otra. Nótese que las voces que en español han cambiado de “declinación”, como *apóstolo*, luego *apóstol*, *basa*, luego *base*, *bosquo* (?), luego *bosque*, son documentadas preferentemente en forma plural (cf. “E. Simón e Iudas, dos apóstolos”, Mat., 207a, *basas* E6 Ecli., 6:30 y Alex, 2124b, *bosquos*, *Grant Crónica*, II, 61.15); y lo mismo se puede decir de algunas que vacilan, según las regiones, entre una “declinación” y otra, como *alpargatas*, *alpargates*.

pl. *árboles*, unas cuantas que aún se conservan con terminación en fricativa velar: *reloj*, pl. *relojes*, y una parte de las que terminan en fricativa alveolar -s: *entremés*, pl. *entremeses*.

Con respecto a las que en singular terminan en -s, la regla puntualiza que para formar el plural añadiendo -es, la sílaba final ha de ser tónica. De una manera menos mecánica podríamos agrupar bajo este apartado las palabras patrimoniales en -s y las que siguen el mismo modelo para la formación del plural: *mes*, pl. *meses*, que se forma directamente del latín *menses*; *gas*, plural *gases*, por formación analógica. La derivación etimológica del plural, dicho sea de paso, es evidente en catalán, donde frente al singular *home* tenemos el plural *hòmens*, frente al singular *pa* y *ca*, *pans* y *cans*, frente al singular *cançó* y *lledó*, el plural *cançons* y *lledons*. Recuérdese también el italiano *uomo*, plural *uomini*.

5.12. Viendo juntos *ejes* y *relojes*, quien no sepa el español podría extrañarse de que el singular sea, respectivamente, *eje* y *reloje*<sup>15</sup>. *Relej*, singular, se caracteriza por la apócope de la -e final y el consiguiente desemparajamiento entre singular y plural. En español arcaico, como ya indicamos, abundaba más este fenómeno con ensordecimiento de la labial: *nuf*, singular de *nives*, *avf*, singular de *aves* (cf. fr. *oeuf*, *boeuf*, ingl. *loaf*, frente a *loaves*, *calf*, frente a *calves*), o con despalatización: *cal*, singular de *calles*, *val*, singular de *valles*, *piel*, singular de *pielles* (cf. "assí como las pieles de Salomon" E6, Cant. 1:4; cf. MPidal, 234.18 y M-L, § 559)<sup>16</sup>. V. q. con desemparejamiento, aunque no con cambio fonético, *achac*, pl. *achagues*, por formación analógica.

Aun hoy la forma del plural es la que recuerda al hablante los contornos del étimo (cf. *ciudades* frente a las pronunciacio-

<sup>15</sup> En la pronunciación relajada y vulgar, *reló* (de la que se hace un pl. también vulgar *relós*). *Eje* en castellano arcaico era *ex* (o *ax*. lat. *axis*); hacia 1400 aparece como *exe* (DCE).

<sup>16</sup> *Pielles* ha perdido su palatal por analogía con el singular, y al revés *calle* la ha adquirido al restablecerse la -e (del arc. *cal*) por analogía con la forma plural. He de advertir, sin embargo, que no siempre hay despalatización. En mi edición de E6 (Antiguo Testamento), por ejemplo, registro varios casos de *vall* y algunos de *call*, frente a *val* y *cal* (y acordes a las formas plenas *valle* y *calle*). *Pies*, por otra parte, de *pieses*, luego *piees*, MPidalCid, 234.20, es forma debida a analogía con el sigular (DCE).

nes *ciudad* o *ciudath*) y se mantiene más cerca del desarrollo de la misma palabra en italiano (cf. *cittadi*, hoy *città*, *alberi*, etc.). *Mutatis mutandis* podrían recordarse francés *repondent*, *repon*[d], respectivamente de las personas *ils* e *il*.

5.2. Cuando falla el esquema etimológico *mense(m)*, plural *menses*, o la formación analógica con éste, *res*, plural *reses*, el plural de las palabras en *-s* no se forma del mismo modo; *Dios* en la lengua arcaica quedaba invariado: “dixo cuer vos quiero, parientes descubrir: / este he sabor todo a los dios que gradir”, Alex. 897cd y aún hoy los plurisílabos no agudos en *-s* no cambian en la forma plural: “Cuando atraviesan áridos valles los convierten en oasis”, PS. 83:7, “Vienen los lunes”, “Borra los paréntesis”.

Este sector del vocabulario, en que la comprensión del número está confiada al contexto o a los adjuntos (v. q. “Habría que ir... descubriendo estos oasis”, JEI, pág. 112), consta casi exclusivamente de palabras derivadas del griego a través del latín: *cutis*, *crisis*, *tesis*, *metamórfosis*, *dosis*, que en la lengua original no sufrían alargamiento en plural; de algunos extranjerismos (como *quepis* del fr. *képi* o *brindis*, del al. “[ich] bring dir's”); y de neologismos técnicos (*chasis*, *croquis*).

Al resistirse a la adición de una sílaba obedecen a su naturaleza prosódica, ya que sería muy difícil decir *crisisés* y casi imposible pronunciar *analisisés* (no tanto *átlasses* o *cáctuses*, posibles en ingl.).

Algunas palabras que en los siglos XI y XVI terminaban en *-is*, como *basis* (J. de Mena, NBAE, XIX, 211a) y *frasis* (que aparece aún en el *Quijote*), al alinearse luego con las palabras en *-e*, forman plural diferenciado.

La diferenciación de la forma plural, por otra parte, es conocida también en el caso de las palabras a que nos referimos en este apartado. En la *Vita Christi* de Ambrosio Montesino (1512) recuerdo haber visto *diocesés* (cf. el ingl. *diocesis*, pl. *diocesés*), y FR en la época actual aduce un *apóphises* (167; v. q., Bello, 114.3, nota).

Recordaremos aquí de paso, que *onix* y *fénix* admiten como plural tanto la misma forma que en singular como las ajustadas al latín, *ónices*, *fénices*. Poco sé, sin embargo, de la realización

real de una u otra alternativa, de las que me parece más probable la segunda (con *fénices* no recuerdo haber tropezado nunca en la lengua escrita, y menos en la oral).

5.21. Por contraste con voces como *oasis*, plural *oasis*, recordaremos que en la lengua vulgar se oyen plurales hiper-caracterizados: “Bueno, te tengo que pagar las copas y los cafeses —le decía Felipe a Mauricio—”, RSFJ, página 243. “Quita de ahí esos pieses”. Lo mismo se ha señalado en las hablas hispanoamericanas, por ejemplo, en Chile<sup>17</sup>; podría suponerse que el hablante trata estas palabras como si en singular tuvieran una -s relajada, a no ser que hayamos de pensar sin más en un sufijo de plural más abundante.

5.22. En todo caso no parece fuera de lugar mencionar aquí el fenómeno de falsa interpretación, que el lingüista danés O. Jespersen llama “metanálisis lingüístico”: las palabras o frases se analizan de modo diferente en distintas épocas o generaciones, o en distintos ambientes (JGEL, 141-142); de ahí que *alms*, del inglés medio *almysse*, y *riches*, del inglés medio *richesse*, se sientan hoy como *pluralia tantum*, y palabras como *sherry*, del español *serez* y *assets* del francés *assez*, se hayan formado interpretando los étimos como plurales (ibíd., 144). Por el contrario, formas que en la lengua de origen eran de plural, las ha adoptado la lengua receptora en singular, francés *envois* > inglés *invoice* (ibíd., 147).

En español este interesante tema no ha sido estudiado a fondo, que yo sepa. *Efemérides*, que en la lengua culta sirve tanto para el plural como para el singular (cf. “una efemérides importantísima”, FGL, pág. 89) es interpretado como plural en la lengua vulgar. Lo mismo se señala (ya en el ámbito de la lengua culta) para *metrópolis* (del gr., DCE, 1580), concebido como plural (GD, 207, FR, 167), del cual se formaría *metrópoli*, en contraste con los topónimos, como *Heliópolis*, y con nombres comunes como *acrópolis* y *necrópolis*. *Metrópolis* podría reflejar simple-

---

<sup>17</sup> Como *paletoses*, *bambuses*, *champuses*, *rubises*, *reloses* y *ajises*, plural de la voz indígena *ají* ‘pimiento’ y ‘especie de salsa que se hace con él’; cf. R. Oroz, *La lengua castellana en Chile* (Santiago, 1966), págs. 211-212. V. q. *locumises*: “Ese es el igbodú. El cuarto secreto donde están los santos lucumises y se hacen ritos”, RGB, pág. 1194.

mente una pronunciación menos culta documentada también para *Illiberi* (Fr. L. de León, GD, *ibíd.*), y, en textos medievales, para *apocalipsi* (cf. LBA, 1011a). En todo caso son voces extranjeras en su mayoría las que se prestan para la falsa interpretación del número. Así, el italiano *saltimbanchi*, plural de *saltimbanco*, al ser adoptado en español como un singular, dio pie para la forma *saltimbanquis* (que se emplea corrientemente junta a *saltimbanco*, pl. *saltimbancos*). Recordaré también la observación de R. J. Alfaro, acerca de *vals*: “La forma castellana de este vocablo (de origen alemán) no es *valse*, como muchos parecen creer, sino *vals*... plural *valsés*”, *Diccionario de anglicismos* (Madrid, 1967). En cuanto a *Dios*, la forma aparentemente de plural (en realidad la *-s* es la del nom. lat. *deus*)<sup>18</sup> suscitaría la irrisión de los judíos españoles, induciéndolos a emplear la forma singular *Dio*, mientras que los cristianos formaban un plural distinto, *dioses* (MPidal, § 75.3). Pero creo que el término plantea problemas que deberían investigarse más a fondo<sup>19</sup>.

También he notado vacilación en el caso de la palabra *traspíe*, cuyo plural aparece como *traspíés* y *traspíeses*, dejando traslucir

<sup>18</sup> En los primeros tiempos la forma *díos* se empleaba como suj., por oposición a los demás casos en que se usaba *dío* (< lat. *deum*). Pero ya en 1097 hallamos *díos* en caso oblicuo (DCE). Sobre *díos* como plural cf. *Historia Troyana*, ed. R. Menéndez Pidal (Madrid, 1934), pág. 214.

<sup>19</sup> Milita contra la interpretación de que los judíos se mofasen de los cristianos el hecho de que ellos mismos, en su idioma ritual, para referirse a Dios, empleaban un plural (aunque mayestático), *elohim* (para una explicación muy somera de este hecho, cf. H. Haag, *Diccionario de la Biblia* [Barcelona, 1966]). Además, *dioses* se encuentra como plural ya desde muy temprano para traducir *dū*; cf. E6 Sab., 12:24. *Dioses* es asimismo la forma que hallamos en los romanceamientos bíblicos hechos por los propios judíos antes de la expulsión. Hallo *Dio* sólo en el fragmento de un ritual manuscrito de fines del siglo xv, que se descubrió en el Cairo (cf. mi nota en el *Bol. de la Acad. de Buenas Letras de Barcelona*, XXIX [1961-62], 245). Por lo demás, la forma sin *-s* es propia de los libros de oración y de las biblias romances impresas por los judíos de la diáspora; aparte el escrúpulo monoteísta que pudo haber en ello por recrudescimiento del contraste para con los cristianos, dicha forma refleja probablemente la pronunciación real, siendo comparable en esto con los participios de presente apocopados, como *salván* (por *salvante*), *redimién* (por *redimiente*), tan frecuentes en dichos libros.

dos formas de singular: *traspíe* y *traspíés*: “caminamos unos tras otros dando traspíes, con la carabina acostada en las dos manos”, RMS, página 75. “Yo tuve mis cosas con Dionisio, y después de eso di mis traspíeses”, RGB, página 1189.

5.3. Con ello llegamos a otra clase de vocablos que, por la variedad de sus componentes en cuanto a fecha de adopción y origen, no puede someterse a regla fija, aunque los gramáticos, como vimos arriba, hayan intentado hacerlo: me refiero a las palabras que acaban en vocal tónica. Sugiero para éstas una división tentativa y somera: a) palabras que no se alinean con ninguna de las tres terminaciones átonas nombradas arriba, *-os*, *-as*, *-es* (y tampoco con las menos comunes en *-is* y *-us*, como *crisis*, *tribus*), o, para limitarnos a los hechos, que no forman un plural en *-es* (ni en *-is* o *-us*), sino que por la adopción del signo *-s* directamente tras el tema, dan lugar a terminaciones distintas de las que acabamos de citar, o sea a *-ás*, *-ís*, *-ós* y *-ús*, *-és*; b) palabras que se alinean con una de las terminaciones átonas, o sea *-es*; c) palabras que vacilan entre una y otra forma plural.

5.3.1. A la primera categoría pertenecen voces tan corrientes como *papá*, plural *papás* y *mamá*, plural *mamás*<sup>20</sup>, que los gramáticos, aplicando la norma heredada, relegan entre las “excepciones”, o como *maravedís*, que en las gramáticas desde la del Maestro Correas aparece con tres plurales, *maravedís*, *maravedíes* y *maravedises*, aunque en documentos, en poemas (“¿Ó los tos moravedís / azarís et melequíes / que solíes manear / et a menudo contar?”, *Disputa del alma y el cuerpo*, vv. 54-57; cito de *Hispanic Review*, I [1933], 199), en la lengua hablada (teatro), en la portada de libros y en diccionarios, sólo se encuentra *maravedís* y una que otra vez *maravedises* (p. ej., en D. de Valera, *Epístolas* [Madrid, *Biblióf. Esp.*, núm. 16, 1878], página 38). Otras palabras que, según Correas, formaban el plural en *-ís* (a pesar de la regla aducida por él en la huella de Ne-

<sup>20</sup> Estos plurales aparecen en el recuento de A. Juilland y E. Chang-Rodríguez, *Frequency Dictionary of Spanish Words* (Londres, 1964), hecho por medio de máquinas computadoras IBM. Por lo demás, noto que ni esta obra, ni la más modesta de V. García Hoz, *Vocabulario común y vocabulario fundamental* (Madrid, 1953) y otras listas de frecuencia hechas con fines didácticos, presentan materiales para el estudio de nuestro tema.

brija) eran *alfakí, zahorí, tahelí*. A éstas agregamos nosotros la mayoría de las que en el pasado pertenecieron a la lengua activa (cf. “neblís, baharís... bornís”, en el *Libro de la Casa*, de Pérez de Ayala [Madrid: *Bibl. Esp.*, V, 1869], pág. 14), y de las que hoy ruedan por la lengua de todos los días: los médicos hablan de *bisturís*, las modistas de *maniquís*, y en los periódicos se anuncian *esquis*: “ESQUIS, se vende equipo completo o fraccional. 2613599”, *ABC* (aun cuando en la lengua escrita aparezca el plural en *-es*: “Por delante de los edificios de los clubs deportivos desfilaban los esquíes, pulidos y encerados, a hombros de los usuarios”, *JAPC*, pág. 39).

En cuanto a los nombres en *-ó* y *-ú*, MPidal, § 75.3 señala dos terminaciones diferentes: *chacó*, pl. *chacós* y *chacoes*, *rondó*, plural *rondós* y *rondoes*, *tisú*, pl. *tisúes* y *tisús*. Se trata de voces hoy poco usadas, pero no me extrañaría que aquí también los plurales en *-ós*, *-ús* sean más fáciles de documentar. Así *landós*: “Caminamos hacia nuestra perdición debido a la excesiva tolerancia que tenemos con nuestros hijos, que llegan a usar sin reparo nuestras carretelas y *landós*”, Cod.; *champús*: “Los nuestros son los mejores *champús*”, *ABC*; *interviús* (no sin el respaldo de la pronunciación ingl.): “Las personas de más relieve eran sometidas a *interviús*”, *FF*, página 239; “Pues salta ella en una de esas *interviús* que le hacen a los artistas, se pone: —Me gustaría ser rubia por todas partes”, *RSFJ*, página, 126.

Los vocablos terminados en *-e* son los que más fácilmente podrían alinearse con este esquema de plural: *café*, pl. *café*s, *cuplé*, pl. *cuplés*<sup>21</sup>, *minué*, pl. *minués*, aunque militan contra una regularidad absoluta el ya citado *cafeses*, *alhelises* aducido por Hernández Ureña y Oroz (cf. op. cit., pág. 211; DCE registra un *alhelís* sing.), y la vacilación entre *cacahués* y *cacahueses* (al lado de *cacahuetes*, por el sing. etim. *cacahuete*): “¿Qué les pongo? Pues *cacahués*”, *RSFJ*, página 86. “¿No andaba por ahí hace un momento el de los *cacahueses*?, *ibíd.*, página 86.

5.32. En vista de lo que hoy sucede, no me extrañaría que

<sup>21</sup> La propia gramática se lo reconoce como único posible hoy. En cuanto al plural *fees*, que recuerda como de la época clásica, podría advertirse que ya en singular hallamos *fee*, como en el título de la obra de L. de Vega: *Triunfo de la fee en los Reinos de Japón*.



en la alineación de las palabras en vocal acentuada con los plurales que terminan en *-es* haya habido influencia culta, por el ejemplo de los autores<sup>22</sup> (aunque aun para ello obstaran, en parte, los requisitos de la rima)<sup>23</sup> y por la preceptiva de las gramáticas. Si a una persona de mediana cultura se le pregunta hoy cuál es el plural de *alfaqú*, de *jabalí* o de *baladí*, dirá *alfaqúes*, *jabalíes* y *baladíes*, y aunque no sepa a ciencia cierta lo que es un *bajá*, dirá que el plural es *bajaes*; de hecho, en las palabras menos frecuentes prevalece la forma que se inculca en los bancos de la escuela. Se agrega el ejemplo de los locutores de radio y TV y de los periodistas. En efecto, si bien hemos oído para nombres relativamente nuevos, *iranís* (por *iraneses*) y *paquistaníes*, lo que priva y se impone es el plural en *íes*: *marroquíes*, *israelíes*; este plural se propaga desterrando otros apelativos en *-ense*, como en el caso de los habitantes de Marbella que, al asomarse a la ventana de la publicidad con sus ventas de terrenos, lo hacen ahora con el nombre de *Marbellíes*. A nadie, en cambio, se le ocurrirá formar este mismo plural del adjetivo familiar *jilí* o de veces achuladas como los andalucismos *gachí* y *gachó* (“¿Qué hacen aquí los gachós estos?”); andal. *gachones*.

5.33. Pero sería arriesgado relegar las formas llanas en *-íes*, *-óes*, etc. al ámbito exclusivo del cultismo, y de todos modos quedaría el problema de cómo habían llegado a la lengua escrita. O por lo menos no deberían estudiarse sin considerar también las formas con sufijo derivado como *guadameciles* (cf. Aut., s. v. *guadamecil* [?]), *marroquiles* (cf. “Moros estaban tañiendo / atabales marroquiles”, Alfonso XI, 1647ab), *çafíles* o *safínes*, al lado de *çafís* y *çafíes*. Los diccionarios se cifien generalmente al

<sup>22</sup> Para el uso cervantino de plurales como *borzequíes*, *rubíes*, etc., cf. C. Fernández Gómez, *Vocabulario de Cervantes* (Madrid, RAE, 1962). V. q. L. de Vega, en versos llamados de tipo “tradicional”, “eran de rubíes rojos”, PLT, núm. 454, v. 30. Sin embargo, también hallo *çafís* y *robís* (“çafís, robís y diamantes”, Carvajal, XLV, 32).

<sup>23</sup> Véase, p. ej., en *La gaya ciencia* de P. Guillén de Segovia [¿1474?], cómo se alinean sustantivos y adjetivos, *levís*, *rubís*, *alfonsís*, *valadíes*, con formas verbales de la 5.<sup>a</sup> persona, *dezís*, *medís*, *sonreís*, y con sustantivos y adjetivos como *aníes* y *grís*, además de con nombres propios, *Amadíes*, *Leonís* (ed. mod. de J. M. Casas Homs. Madrid, C. S. I. C., 1962), vol. I, pág. 133.

singular, señalando la vacilación entre *alfolí* o *alholí* y *alfolín* o *alholín* (DCE), *jabalí* y *jabalín* (LBA, 314bS), *carmesí* y *carmesín* (DCS, 1555, pero lo he visto en textos medievales), y también *baxá* y *baxán* (DCE), *albará*, *albarán* y yo misma recuerdo *alfaquín* del *Libro de saber de astronomía* de Alfonso el Sabio (Madrid, 1863-7), volumen I, páginas 7 y 206. La documentación es insuficiente para avanzar una teoría de si se trata de singulares regresivos sobre un plural con sufijo derivativo o si la forma del plural es debida a la inseguridad acerca de la forma de aquél (como vimos en el caso de *pieses*). El plural de tipo derivativo aflora también en apodos, si hemos de tomar en serio la siguiente interpretación de *Zauriles*: “En Arévalo hubo una familia de bohemios que llamaban los Zauriles. Como la palabra zauril no existe en el idioma castellano, creemos que la gente, al decir Zauril quería dar a entender Zahorí, o sea persona perspicaz”, JEI, página 82. También lo presenciamos en vocablos hoy corrientes como *bigudines*, *pirulines*, y en el vulgarismo *bisteles* (fuera del ámbito de las palabras agudas recordaré *cursiles*, que se lee ocasionalmente como plural de *cursi*), y no podemos no recordar la derivación paralela del femenino *jabalina* (frente a *jabalí*; en la Edad Media también *jabalín*; cf. LBA, 1122b) o del derivado *borceguilero*. Las formas en *-iles*, *-eles*, *-anes*, etc., que responden a una tendencia de hipercaracterizar el plural, pudieron respaldar hasta cierto punto las llanas en *-ies*, *-aes*, etc., restando de la dimensión culta que hay que atribuirles en ciertos contextos.

6.0 Completaremos lo afirmado hasta aquí diciendo que en español el plural, como en otros idiomas, por ejemplo, el ruso, tiene también una dimensión prosódica. Debido a la repugnancia del idioma por la pronunciación sobreesdrújula, las palabras esdrújulas terminadas en consonantes conservan su naturaleza prosódica, pero el acento tónico, al alargarse la palabra en una sílaba, cambia de lugar: *régimen/ regímenes*, *espécimen/especímenes*. Las palabras monosílabas y agudas terminadas en consonante se hacen llanas: *país/países*, *tonel/toneles*, *banderín/banderines*, y las llanas se hacen esdrújulas: *túnel/túneles*, *álbum/álbumes* (menos *carácter*, para el cual la pronunciación culta tiende a implantar *caracteres*, frente a la clásica [cf. Cuervo<sup>2</sup>, 110] y

vulgar *carácteres*); con lo cual se reduce en el habla la proporción de voces agudas y llanas a favor de ritmos trocaicos y dactílicos, con importantes consecuencias para la fisonomía y variedad acústica de la lengua.

Incidentalmente notaré que, en la pronunciación relajada, es el cambio de lugar del acento el que distingue también el singular colectivo del singular de objeto numerable: col. *yegué* frente a *yegua*, con efectos inversos en cuanto al ritmo.

7.0. Traicionaríamos el fin práctico de estos apuntes si no mencionáramos también el aspecto gráfico del plural que los gramáticos al uso ponen de relieve hablando de “cambios” de consonante en las palabras que terminan en *-z*.

De hecho, al ensordecirse este fonema y al confluír los sonidos que en su origen habían sido africados, sonoros y sordos, en uno solo fricativo interdental sordo (MPidal, § 35 bis 2) y al fijarse su ortografía en el interior de las palabras ante vocal anterior como *-c-*, se desemparejó el plural del singular en cuanto a representación gráfica, y lo que antes se escribía como *luz*, plural *luzes*, ha quedado convertido en *luz*, *luces*.

8.0. Pongo aparte las palabras procedentes de idiomas extranjeros, porque pertenecen al sistema solo en cuanto quedan absorbidas por el idioma amoldándose a la fonética normal. La capacidad de absorción del español fue muy alta en el pasado, cuando aun palabras latinas adquirían un plural castellano; confróntese *paternoster*, plural *paternostres* ‘padres nuestros’ y ‘cuentas de rosario o de collar’.

8.1. Hoy la adaptación es fácil en las palabras llanas acabadas en vocal: *yanquis* (*penalties* es una grafía ajustada al ingl.: “ningún árbitro ha escamoteado tres penalties al equipo de casa”, Cod., se pronuncia *penáltis*). Sin embargo, también aquí hay vacilación: por ejemplo, entre los términos italianos hallo algunos invariados, como *ciceroni* (cf. JCA, pág. 87), *spaghetti* (ibíd., págs. 77, 78, 98), pero también leo *espaguetis* (que es como se pronuncia generalmente), y asimismo *finochios* (JCA, pág. 98). En los nombres italianos femeninos se agrega una *-s* a la forma del singular: *terracottas* (ibíd., pág. 48), *dolce vitas* (“Porque si con anticipos, horas extraordinarias, pluriempleos y zarandajas

apenas si se va tirando, pasar por las narices yates, reuniones de damas. enjoyadas y dulces vitas escarnece lo suyo”, Cod.).

Las que terminan en *-é* forman el plural normalmente por adición de una *-s*: “Me hablaba la mamá de unos jóvenes *ye-yés*”.

Entre las terminadas en diptongo, unas pocas, como *convoy* (DCE, 1644-48) tienen el plural normal en *-es*: *convoyes*, respaldado por *convoyar*. Otras de adopción más reciente, como *jersey*, *cowboy* (pronunciado por vulgarismo también *comboy*), no mudan la semivocal en semiconsonante y hacen *jerseys*, *cowboys* (*comboys*), coincidiendo hasta en la grafía con castellano arcaico *leys*, *reys*<sup>24</sup> (sobre el aspecto fonético, cf. Quilis, I.2.1.5.2).

8.2. No entraré en la abigarrada variedad de plurales de los otros neologismos que acaban en consonante<sup>25</sup>. Me limitaré a observar que en muchos extranjerismos de adopción más antigua es el plural el que revela la verdadera pronunciación del singular, pero esta vez no en más sino en menos: así *lores*, *zines* porque en singular se pronuncia *lor* y *zin*, aunque se escriba *lord* y *zinc*. También se dijo *fraques* (GD, 205) porque en singular se empleaba el término hispanizado *fraque* (cf. “Con guantes, fraque y botas por pudor”, *Espr.DM*, 2420). En *bulevar*, plural *bulevares*, la reducción ha tenido lugar también en la forma base. Lo mismo diremos también de *restorán*, plural *restoranes* (o *restaurán*, *restauranes*).

Por otra parte, aun hoy, la forma normal del plural en *bares*, *hoteles* es un modelo productivo para otros neologismos como *renol*, pl. *renoles*: “¿Serás capaz de decirme en la cara que tu hermano no te habló de los Renoles nuevos?”, *RSFJ*, página 165. Lo mismo puede decirse, con cierta limitación, de palabras como *chófer*, *líder* que forman el plural normal *chóferes*, *líderes*, pero también *choferes* (generalizado, p. ej., en la Argentina), por la dificultad de pronunciar palabras esdrújulas.

La adaptación susodicha es señal de la difusión y arraigo de los neologismos en cuestión. Cuando, en cambio, leemos: “Ahora

<sup>24</sup> En los DL del siglo XII y XIII encuentro siempre *leys*; en obras del siglo XIV, tanto *leys* como *leyes*; cf. por ejemplo, “nuestras leis nos dad”, *RimP*, 503a, “nuevas leyes aquí nos otorgad”, *ibíd.*, 503d.

<sup>25</sup> Entre otras razones porque ya enumera bastantes E. Lorenzo, páginas 51-52.

tiene la posibilidad de adquirir los ¡posters! sueltos al precio de 100 ptas.”, anuncio ABC, la forma no asimilada del plural es un indicio de que el hablante se percata de su origen extranjero. Pero no siempre es así, y no sucede lo mismo en todos los países de habla hispana. En la Península, por ejemplo, ha arraigado *clubs*; de tal modo que Galdós extrañaba la forma *clubes*: “... En fin, si Ud. no se decide a sacarlo de los clubes... Advertimos, para que el lector no extrañe a la singularidad de este plural, que la dama, para explicarlo, aseguraba que no decía clubs por lo mismo que no decía candils, ni fusils, en lo cual no andaba del todo descaminada”, *Obras completas* [Madrid, 1966<sup>6a</sup>], volumen IV, página 138. Sin embargo, volvemos a encontrar *clubs*, por ejemplo, en el español de Chile (Oroz, op. cit., pág. 213), y asimismo, *cabaretes* en Hispanoamérica (“Dionisio me dejó bien acomodá: en uno de los mejores cabaretes de Labana”, RGB, pág. 1189).

8.21. En ello actúan, en la lengua escrita, fuerzas encontradas: la de adaptar las palabras extranjeras a los modelos autóctonos, y la de conservar su fisonomía original (esto con cierta aproximación, ya que lo que se reconoce como signo de plural es *-s* por lo cual se escribe, por ejemplo, *lunch* y no *lunches*). Cuando prevalece esta segunda tendencia (como sucede en la mayoría de los casos), la lengua escrita presenta al hablante agrupaciones de consonantes que le son insólitas al final de dicción, como *-ns* (que en español sólo es interior, *cansar*): “A veces, cuando paso por la Castellana y veo tantos peinados a lo B. B. y a lo Sacha Distel sentados a las mesas delante de cubalibres y manhattans, me entran deseos de coger una metralleta y barrerlos a todos”, JAPC, página 94; o *-ls* (interior, *falso*, y *final* en extranjerismos como *vals*): “pensó que quizá se hubiesen hecho a la mar para ir a gustar los cock-tails de cualquier otra playa elegante”, FF, página 46 (la palabra se ha adaptado también como *cócteles*), o *-rs* (interior, *farsa*): “Souvenirs, objetos escritorio”, anuncia ABC, o *-bs* (simplificado también en interior de palabra, *su[b]stancia*), en el ya citado *clubs*, *esnobs*, etcétera, o *-cs* (que equivale a la pronunciación artificiosa de la *-x*, por ejemplo, en *taxi[s]*): “¿A cómo están los bistecs alemanes?”, JCA, página 36. También le coloca ante secuelas de con-

sonantes que constituyen una novedad, y, por tanto, una dificultad para la articulación del hispanohablante, a saber *-ms*: *films* (que se ve a veces escrito *filmes* con arreglo a la regla de la Academia para todas las palabras que acaban en consonante), *linoleums*: “LINOLEUMS incrustados, jaspeados ingleses, colocaciones perfectas. Serra Fuentes, 5, anuncio ABC; *-gs*: “Blanqueaba la coneja en velocísimos zigzags entre las patas de las sillas y las mesas”, RSFJ, página 261; y especialmente *-ts*: “Chalets unifamiliares véndense”, ABC, “se quitaban sus maillots para tomar el sol en la playa”, “También hay otros déficits que atender”; v. q. *gourmets*, *foxtrots* y otros muchos que pueden considerarse como palabras extranjeras empleadas en español.

8.22. Es difícil predecir hasta qué punto el esfuerzo de pronunciar tales extranjerismos que la prensa, la publicidad y las traducciones de artículos y libros extranjeros ponen a cada instante ante los ojos del hispanohablante, afectarán sus hábitos articulatorios. Por lo pronto éste se defiende (y más en los ambientes menos preocupados por la “fidelidad a la escritura”). Cuando Rómulo Gallegos, por ejemplo, en *Doña Bárbara*, quiere imitar más de cerca la pronunciación, en lugar de escribir el nombre de los rifles como se hace en inglés, *winchesters*, pone *güinchestes*: “Ya empezaron a trabajar los güinchestes”, página 766. En efecto, se escriben *corners* pero en la lengua de los aficionados el término se oye como *cornes*; se escribe *sandwiches* (“Andaban unos y otros de aquí para allá, comistreado de las bandejas llenas de sandwiches, mediasnoches, y tapas de aperitivos”, JAPC, pág. 30), y se dice *sangüis*; se escribe *anoraks* (“Había anoraks de diversos tipos, y había quienes se dedicaban a llevar siempre el último modelo”, JAPC, pág. 39), y se dice *anorás*; se escribe *records* (“Los articulistas enloquecen añadiendo ceros a las cadenas de sus récords”, VSZ, pág. 192), y se dice *récór*, por lo menos en el habla no cuidada (cf. fr. “il dor[t]”). Y así también *Vietná(n)* [“Los dos Vietná(n)”, *esmokín* (aunque se escriba *smokings*: “Delicadamente el señor Bey me ofreció uno de sus smokings”, FF, pág. 86)<sup>26</sup>. Se adopta,

<sup>26</sup> Huelga decir que también en las formas que aquí marcamos con *-s*, el grado de relajación o la total desaparición del morfema depende de los hábitos regionales y estrato social.

pues, una de las dos soluciones: o se elimina la penúltima consonante (como en *hiperbatons* > *hiperbatos*, que también es usual en la lengua escrita) o se renuncia a la -s alcanzando por inercia una solución que se patrocina también en italiano como la menos bárbara (cf. "Metta di mezzo chi vuole; gli avvocati, i ganster, anche il Papa!", DFPPF, pág. 366), aunque en realidad el uso también en este idioma, con excepción de ciertas palabras como *camion*, pl. *camions*, tiende a conservar la -s extranjera (y extraña al sistema), que distingue el plural del singular: "i gansters", "70 hotels". En la reducción de tres consonantes a dos o a una, y de los de dos, depende también de la dificultad que sendos grupos presentan al hablante hispano. Las agrupaciones consonánticas totalmente insólitas quedan reducidas a otras menos duras para la pronunciación; y así, *standard* se reduce a *standars*, y *records* (en la pronunciación más cuidada) suena *recors* (cf. Lorenzo, pág. 54). Por lo demás, el esfuerzo de pronunciar la -s final depende también de la necesidad de marcar la oposición para con el singular<sup>27</sup>.

9.0. La formación de los nombres compuestos es de los temas que dan que hablar a los gramáticos, que los presentan a veces de un modo harto mecánico.

De suyo, este capítulo pertenece más bien al tema de la formación del nombre o al de la sintaxis de la concordancia; pero si se tratara la cuestión comparando unos con otros varios idiomas, se pondrían de relieve diferencias significativas que conciernen también al plural. En español, por ejemplo, no está tan desarrollado el tipo italiano de sustantivo + genitivo especificativo sin preposición, *capostazione*, pl. *capistazione*, por lo cual al plural se forma normalmente en el ámbito de la frase: *jefe de estación*,

---

<sup>27</sup> Los redactores de *Ibero-románica* anuncian la próxima aparición de un estudio fonológico sobre este asunto. No menciono, porque no interesan aquí, los plurales extranjeros con metafonía, que sólo demuestran el conocimiento, por parte del hablante o escritor, del idioma original, como cuando Fernández Flores escribe: "y en la primavera comprueban la excelencia de los barmen en los buques lujosos que realizan cruceros de placer por las grises aguas del mar del Norte", pág. 20 (FR, § 93, registra también *clubmanes*, y he visto *camaramanes*, con cambio de acento respecto al sing.).

plural *jefes de estación*<sup>28</sup>; tampoco hay palabras estructuradas como el francés *chef d'oeuvre*, plural *chefs d'oeuvre*, sino que el mismo concepto se expresa por un sustantivo + adjetivo, *obra maestra*, plural *obras maestras*; no todas las palabras que corresponden a vocablos compuestos en frases con *demi-* se han soldado con *medio-* o *media-* formando los lexemas correspondientes. En compuestos segmentados como *juego de mano* o *serpiente de cascabel* (ital. *serpente a sonagli*) tenemos ora el singular ora el plural.

Para el español, los preceptistas no pueden encaramarse en reglas dictadas sólo por la lógica, como sucede en francés, idioma en el que hay que escribir muchas *-s* que no se pronuncian, como en *sourdsmuets*. Sin embargo, también en español hemos de contar con formaciones que se realizan exclusivamente en la lengua escrita. Aparte el hecho de que los gramáticos son muy generosos en indicar formas de plural que apenas si aparecen en el habla, como la de *cualquiera*, pl. *cualesquiera* (la oposición de número raramente entra en juego; v. i., 21.1), en una novela tan fiel al habla coloquial (en la sintaxis) como *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, leemos *tejesmanejés* como plural de *tejesmaneje*: “Desde fuera nadie se puede dar una idea de los tejesmanejés y las luchas que existen dentro de una casa”, página 173. (La *-s* es siempre el último fonema al que renuncia la lengua escrita aun cuando quiere reflejar el habla relajada)..

Por otra parte, si comparamos, por ejemplo, *altos hornos*, con el italiano *altiforni*, incurrimos en problemas de límites y contornos silábicos y distribución de acentos, que se nos plantean también si comparamos *otros tantos* (cf. “cincuenta soldados estaban asando otros tantos carneros”, RMS, pág. 48), con el italiano *altrcttanti*, y que nos aquejan a cada paso en la comparación de la poesía española con la italiana.

<sup>28</sup> En el lenguaje familiar, sin embargo, este tipo se va extendiendo, y más en Andalucía, donde se oye comúnmente *maestro escuela*, *mono peto*; por *maestro de escuela*, *mono de peto*; lo que está relacionado con la supresión de la prep. *de* relajada en el lenguaje vulgar de toda España; cf. “—Un poquito convite de parte de la panda —señalaba con la botella hacia la mesa de los suyos”, RSFJ, pág. 239. V. q. i. “Es una escandalosa. Y una repipi como la copa un pino”, *Ibíd.*, pág. 52.



9.1. Los gramáticos suelen aducir dos tipos de composición, la propia y la impropia. En aquélla, el primer miembro no es susceptible de pluralización (como no lo sería tampoco en la oración que tales compuestos sintetizan): *tocadiscos*, *salvaridas*, *guardagujas*. La mayoría de tales palabras son de plural concomitante, o sea el segundo miembro, que generalmente representa una clase de entidades, va en plural. Por lo cual, la palabra, que ya lleva -s en singular queda invariada en plural: “Esos picapleitos”, RG, página 73, “pelagatos del pueblo, sin oficio ni beneficio”, MMB, página 73; compárense: “Se ha perdido el sacacorchos” y “¿Has visto los paraguas que se estilan este año?” Esta forma de composición con un segundo miembro en plural está más extendida que en otras lenguas, que en italiano, por ejemplo. Así, se dice *tapabocas*, *trabalenguas* (ital. *scioglilingua*), *rompecabezas* (ital. *rompicapo*), y hasta *chupatintas* (“Ya ve Vd. lo que soy... un pobre chupatintas”, ABVI, pág. 384), *cascarrabias* (cf. “Wright, el cascarrabias ilustre”, JEI, pág. 106). En compuestos con preposición he visto *traspies* (DA: *traspie*): “La resaca le hizo dar un traspies”, JAPC, pág. 161, y hasta *extrarradios* (“Necesito piso extrarradios”, anuncio ABC). Quedan en singular casi sólo nombres de seres únicos (*quitasol*), o colectivos (*guardarropa*), o de sustancias (*pasapuré*, *triturahielo*) y otros términos, casi todos calcados en voces extranjeras, que el DA no registra (pero cf. [*d*] *espachacarnes*, AQT, pág. 362, ‘torero por mal nombre’, que se amolda al tipo común).

(Señalaré de paso otro tipo de pluralidad concomitante [cf. “entró inojos fitos una ermitaña”, BerceoSMill, 187b], que se ha lexicalizado en una forma que se sustrae a la expresión del número: *alicaído*, *cejijunto*, *patitieso* [“patitieso de asombro”, VSZ, pág. 56], lo mismo que *boquiabierto* y *pelirrubio*.)

9.2. Por la diferencia con el francés escrito, recordare aquí también que el tipo *sordomudo* es de composición propia en español, por lo cual el plural es *sordomudos* (ital. *sordomuti*, GD registra también *sordosmudos* 206). Parte de estos compuestos tienen en español una terminación propia para el primer componente que lo sustrae a toda posibilidad de oposición singular-plural: *altibajo*, plural *altibajos*, *verdinegro*, plural *verdinegros*.

En la composición impropia de adjetivo + nombre o nom-

bre + adjetivo el marcarse o no marcarse con signo de plural el primer miembro demuestra el grado de cohesión de los componentes. Si no se marca, la cohesión es mayor. Así, en *nochevieja*, pl. *nocheviejas* (cf. “Los habitantes noctámbulos de la Puerta del Sol no se bañaron en las fuentes como en otras nocheviejas del mundo, pero recibieron, una vez más, al nuevo año con una alegría a la española”, ABC) (también se da *nochesviejas*), y por otro lado *mediasnoches* (también en sentido traslaticio: “bandejas llenas de... mediasnoches”, JAPC, pág. 30), *guardias-civiles* (pero también *guardiaciviles*).

Desde antiguo el hablante vacila, como se ve, por ejemplo, contrastando “auie una cueua... cercada de cannaueras”, *General Estoria*, II, 61b8, con “las primeras habitaciones que aquéllas gentes fizieron... fueron cubiertas de canyas ueras”, *Grant Crónica*, II, 47.4. Del tipo *cañasveras* dirían algunos lingüistas que tiene reflexión interna, pero si nos colocamos en la perspectiva histórica hablaremos más bien de la independencia relativa de los miembros.

A veces, el grado de fijeza de la composición refleja la historia cultural de una palabra, como en el caso de *gentilhombre*, plural *gentilshombres*, que por haberse introducido más tarde y estar menos difundido en español, se diferencia del italiano *gentiluomo*, plural *gentiluomini*. Ocasionalmente, sin embargo, leo *gentilhombres*: “A nosotros, los gentilhombres de placer, la naturaleza...”, CRAF, página 18<sup>29</sup>.

En el caso de composiciones de complemento especificativo lo más corriente es que elementos antes sentidos como separables se soldaran paulatinamente, como en el caso de *fijo dalgo*, plural *fijos dalgo*; *fija dalgo*, plural *fijas dalgo* (cf. “Fijosdalgo castellanos, / hoy podedes a Dios servir”, *Alfonso XI*, 1534ab; “Cabalga Diego Láinez / al buen rey besar la mano; / consigo se los llevaba / los trezientos hijos dalgo”, *Canc. de Romances*, fol. 155v,

<sup>29</sup> Para un esbozo histórico de los dos términos, cf. mi libro *Castiglione y Boscán. El ideal cortesano en el Renacimiento español (Estudio léxico-semántico)* (Madrid, 1959), vol. I, págs. 125-129. Para aquilatar el uso actual en los respectivos idiomas recordaré que en un contexto como éste: “Ah! Il gentiluomo! La minacciava col fucile da caccia!”, DFPPF, pág. 393, se emplearía por *caballero*.

vv. 1-4; “fijosdalgo, muy largas e francas de natura”, LBA, 1341b), que luego dio *hidalgos* e *hidalgas*. Aunque también se da el caso de que más tarde se separara lo que antes había constituido una unidad más compacta: en castellano arcaico y clásico, de la forma apocopada *hi* (por *hijo*), se había dicho *hideruín*, plural *hideruines*, *hideputa*, plural *hideputas* (“Sobre el partir de las tierras, / y el poner de los mojones, / llámanse de hideputas, / hijos de padres traidores; / echan mano a las espadas, / derriban ricos mantones”, *Canc. de Romances*, fol. 161v, vv. 5-10); luego, dichos lexemas volvieron a cobrar transparencia y se separaron los elementos, con la consiguiente pluralización del primer miembro (cf. “Aquí dentro —le contestó uno de los muchos hijos bastardos que estaban aguardando al enemigo— hay ciento veinte hijos de puta dispuestos a dar la vida por vos, nuestro padre y señor”, RSC, pág. 102).

9.3. Son importados, y siguen, por tanto, modelos ajenos al idioma, términos como *palabra clave* (“China repetía aquellas palabras clave casi narcotizada”, VSZ, pág. 147), *niño prodigio*, *hombre rana*, en los que toma signo de plural sólo el primer miembro. Sin embargo, he leído también *hombres monos*, *ciudades estados*.

10.0. Hasta ahora, el plural nos ha salido al paso casi exclusivamente como signo aplicable a sustantivos (solo accidentalmente hemos observado algún adj.). Merece la pena detenernos un poco más en señalar la extensión del sustantivo en español y los casos en que varias otras especies gramaticales sustantivadas, además del nombre común, admiten el signo de plural. Al mismo tiempo, a propósito del adjetivo, tocaremos de pasada un problema que merecía elaborarse más a fondo: el del papel del plural en la sustantivación.

10.1. Cuando los nombres propios tienen aplicación universal por emplearse como apelativos, siguen la misma norma que éstos: “En los Sanfermines de este año ha habido un muerto”, “Si hubiera dos San Migueles al año, no pararan mozos con amo”, Correas, Voc., página 454b. Cuando un nombre propio de persona se pone en plural porque representa a varios individuos partícipes de unas mismas cualidades o excelencias, suele marcarse con signo de plural (permitiéndolo las circunstancias

fonéticas); así cuando a Calderón en la VS exclama: “Segismundos llaman todos / los príncipes contrahechos”, 2264-5, o cuando Sor Juana Inés escribe “Allá va, cuerpo de Cristo, / de esgrima el mayor maestro, / que amilanó a los Carranzas, / que arrinconó a los Pachecos”, página 54, o cuando Machado rememora: “... el ancho llano / en donde el gran Quijote, el buen Quijano, / soñó con Esplandianes y Amadises”, CRAAM, página 66 (el sing. corresp., dicho sea de paso, funciona como nombre de sustancia o nombre abstracto; cf. “¡Hay mucho Federico en este Federico!”).

Lo mismo diremos de cuando el nombre propio no se aplica directamente a un ser individual, sino a varios individuos de la misma especie, como son los cuadros de un mismo autor (“intentan despachar por Murillos unas copias de tercer orden”); los miembros de una misma orden o congregación religiosa: “las catalinas”, “los paúles”, o de una misma categoría de personas: “En el verano en Madrid, los Rodríguez lo pasan fenómeno”, o de una misma serie de reinantes: “La España de los Felipes”; y, por fin, los que llevan el mismo apellido: “los Sandovalos con los Luzardos, hasta que ellos no nos corran lo suyo”, RG, página 530 (el sing. corresp. va precedido del art. indet. “No se les escapó pensar que quien se la daba era un Luzardo, hombres que nunca habían esgrimido un arma para amenazas que no se cumplieran”, *ibíd.*, pág. 742), “los Mondragones estaban en poder de las autoridades”, *ibíd.*, página 758. Sin embargo, en esto hay vacilación. En el mismo libro leemos “los Águila”, ELG, página 169, “los Águilas”, página 187, y hasta “los Hozes”, página 104. La tendencia hoy es la de evitar la pluralización morfológica, bien sea usando el nombre invariado (menos en los nombres del pasado, como los *Borbones*): “los Parody”, “los Gracián”, o anteponiendo “los señores de” como hacen la prensa y la radio. En esto pueden haber confundido el ejemplo del francés, o la analogía con los nombres propios en *-z*, como *Fernández*, que no se podrían pronunciar si hubiera que agregarles una sílaba. Los nombres extranjeros también se dejan invariados: “Reunión de los Nobel”, ABC.

10.2. La pluralización morfológica del infinitivo, por la que el español a veces se distingue, por ejemplo, del italiano, da fe de

que en español la forma nominal del verbo se ha sustantivado totalmente. Si tuviéramos que traducir al italiano, por ejemplo: “Ervigio seguía burlándose de la primita Inés, de la cual imitaba los andares y la voz”, RSC, página 177, deberíamos emplear el sustantivo deverbal como *andata* o *andatura*. V. q. *pesares* en la frase *a pesar de todos los pesares*, intraducible, y *quehaceres* (“Ocupación: sus quehaceres”). En italiano se sustantiva *daffare* (“Ho un gran daffare”), pero nunca podría decirse *daffari*.

10.3. Los adjetivos sustantivados, por supuesto, se pluralizan como cualquier otro sustantivo; (cf. “... amargar con fieros bravos...”, SBad., v. 233; “Sebastián se había levantado y bailaba haciendo grotescos con las manos hacia arriba”, RSFJ, página 128).

10.31. Traigo a colación este ejemplo porque, comparado con este otro que cita FR: “A veces le producían una impresión de grotesco monstruo”, § 79, sugiere que *grotescos*, plural, representa una sustantivación más plena y menos efímera en el idioma. En efecto, expresiones como “un conocido”, y más aún “un sin Dios”, nos hacen pensar en *conocidos* o en “los sin Dios”, o sea en el plural como vehículo para la formación de nuevos sustantivos.

El plural lo fue ya, en latín, en el caso de palabras como *convivae*, *propinqui*, *vicini* (S-S, 16). En castellano observamos que los romanceadores antiguos, a veces, interpretan: “domesticis tuis” Ecli., 32: 26 — “los ombres de tu casa”, E6, pero a menudo imitan: *egeni* Ecl., 5: 7—, “los menguados”, *ibíd.*; v. q. *delanteros* por latín *antecessores*, *habitadores*, luego *habitantes* por latín *incolae* (“los habitadores de la tierra”, *Grant Crónica*, II, 30:9); *convidantes*, luego *convidados*, por latín *convivae*: “Et dixo le aquestas palauras delant de todos los conuidantes”, *ibíd.*, II, 18: 13.

Todavía podemos presenciar el paso, gradual, de adjetivo a sustantivo y ver cómo éste se hace plural. Compárese “Tú destruyes a los que te son infieles”, Ps., 72: 27 con “Fieles del Señor, alabadlo”, Ps., 21: 24 y luego con “Algunos fieles comenzaban a enfadarse. Chsss...!” VSZ, página 136, donde *filles* podría conmutarse con un vocablo pleno, por ejemplo, *hombres*, *mujeres*, lo que no podría decirse del singular *fiel*.

Cada época y cada contexto se nos presenta con sus sustantivaciones propias, más o menos efímeras. Así, un poeta del siglo xv, Carvajal, usa *silvestras* por *fieras*: “Pensé que fuese Diana / que caçasse las silvestras”, XVIII, 5-6; en textos poéticos o de tono elevado hallamos los *vivos*: “bórralos del libro de los vivos”, RMS, página 37 y *los humanos*: “Recuerda, Señor, lo corta que es mi vida y lo caducos que has creado a los humanos” Ps., 88: 58, “El padre universal de los humanos, ESprDM, 2190. (En los relatos de ciencia-ficción se oye usado por anglicismo, por contraposición con los seres extraterrenos.) Pero también en contextos ordinarios tropezamos con estas sustantivaciones, que comprendemos por asociación de ideas. Así en “los execrables olores que sugieren los sobrantes del día anterior”, Cod., los *sobrantes* son ‘restos de comida’, y en “No había llegado aún el tiempo de las grandes crecientes”, RMS, página 37, las *crecientes* son aguas.

No excluimos con esto que haya sustantivaciones directamente en singular (así “un feo”, en “Me hizo un feo”, probablemente se dijo antes que “unos feos”), pero el papel primordial del plural en este ámbito se funda en uno de los caracteres del número, el carácter colectivo. Por lo mismo se dice “Un cuento de aparecidos” o “de ahorcados”, aun cuando se narren las apariciones o aventuras de un solo individuo o fantasma, y se emplea el sintagma “cara de pocos amigos” (“Llegaban con cara huraña de pocos amigos”) con término de parangón en plural.

10.4. También el adjetivo posesivo, sustantivado en plural, admite la misma flexión que los nombres (“quizá yo no pueda comprender el sentido profundo de esa palabra, ‘los míos’ ..., porque yo no los tuve nunca: ni padres, ni hermanos, ni amigos”, ACT, pág. 93).

10.5. Lo mismo diremos de los adverbios: “De noche lo pienso en mis adentros, y meditándolo me pregunto” Ps, 76: 7.

10.6. Las conjunciones y partículas se sustantivan sin singular, con correspondiente variación de plural: “Sí, tienes razón, pero... No hay pero que valga”, JAPC, página 77, “No me vengas con tantos peros”; “Hay sus más y sus menos, y hasta el otro viaje”, JEI, página 116. Aun los fragmentos de discurso directo hechos sustantivos pueden pasar tal cual a la narración:

“El sí de la novia apenas si se oyó”, “Mamá estaba leyendo. Casi podía advinarlo uno sin verla oyéndole aquellos qués y aquellos síes”, VSZ, página 219. También las interjecciones son posibles de marca de plural: “Sin haberlas leído nunca, veo sus cartas de enamorados, aquéllas que estaban atadas con una cinta descolorida en el desván, llenas de eternidades, infinitos, lunas, ahes, ohes”, VSZ, página 70; “Luego me sonaba despacito y entonces no me salían ayes ni lágrimas”, *ibíd.*, página 118; “ladridos y largos ayes”, JRJ, página 27. Lo mismo diremos de palabras que sirvieran de aclamación: “Demos vítores a la roca que nos salva”, Ps., 94: 1; “Terminada la música se oyen palmas, oles, vivas, confundidos con bravos y aplausos”, AQE, página 496. Se pluralizan también las palabras *amén*: “Sabe responder a los amenes, el que sabe llevar el gusto y condición”, *CorreasVoc.* (frente a fr. “des amen”, ital. “degli amen”), y *adiós*: “con los adioses, las tres amigas van haciendo mutis por la puerta de la derecha”, MMS, página 47, como en italiano y francés. También hay sustantivación por elipsis, con la consecuente pluralización: “El recuento de los votos arrojó ciento cincuenta síes y sólo diez noes”.

10.7. El uso en forma plural de los pronombres personales *yoes* (FR, 170) y *yos, túes, tuses* (GD, 206) y *tus*, brinda al hispanohablante la posibilidad de desentrañar su experiencia interior en formas morfológicamente marcadas. Recuérdese el poema de Unamuno titulado: “En el cuarto en que viví en mi mocedad”, en el cual subraya la realidad trágica de sus muchas almas, de sus muchos *yos*: “¡Cuántos he sido! / Y habiendo sido tantos, / ¿acabaré por fin en ser ninguno? / De este pobre Unamuno / ¿quedará sólo el nombre?”. “¡Oh, mis yos, que finaron!” se queja el poeta en la primera de las “Rimas de dentro”.

10.8. Los numerales cardinales, al pluralizarse, o sea al hacerse susceptibles de ser contados en lugar de contar, toman también la *s*: “Distribuía ceros y dieces con matemática precisión”, VSZ, página 42<sup>30</sup>. Sin embargo, la lengua hablada pre-

<sup>30</sup> Recuérdese también los *treses* con que los clásicos resumían los cánones de excelencia y hermosura; cf., por ejemplo, Gracián: “Más que linda estava... Todos los treinta y tres treses de hermosura se los conté uno por uno: ella era blanca en tres cosas...”, *El Criticón*, ed. M. Romera-Navarro (Filadelfia, 1940), vol. III, págs. 119-120.

fiere el numeral en su forma base cuando acaba en sibilante: “El niño ese trae el boletín lleno de tres” (mientras que no podría decirse: “lleno de cero”, y no se diría normalmente: “lleno de cuatro”).

10.81. De paso observaré, a propósito de los numerales, que la forma peculiar que señala Jespersen, *the thirties, the sixties*, por la cual no se indica la suma de varios números treinta o sesenta, sino los años comprendidos entre una decena y otra, no tiene correspondencia en español, sino que se traduce con un anacoluto: “los años treinta”, “los años sesenta”; o por calco, pero sin moción de número: “Esta melodía amable de los felices y alocados treinta”, Cod.<sup>31</sup>.

10.82. Los numerales sustantivados con restricción semántica por metonimia, a veces, se pluralizan, a veces no: “Como oyeron a los otros / de la Capilla, los Seises / como cosa de muchachos / hicieron este juguete”, ICruz, página 109 (nótese que en este caso hay un singular regresivo, *seise*); “Los veinticuatro de Sevilla regían el Ayuntamiento de la ciudad”.

10.9. Por último, señalaré que también los nombres de las letras funcionan como los demás sustantivos en cuanto a la moción del número: “Los troncos estaban atormentados de incisiones, y las letras más viejas ya se habían cicatrizado, connaturándose en las cortezas; emes, erres, jotas, iban pasando lentamente a formar parte de los árboles mismos”, RSFJ, página 28. V. q. “Pasó el tren, el bufido del vapor, como millares de efes enfurecidas, seguido por el largo fragor repercutido de los hierros rodantes”, RSFJ, página 219. Recuérdese también la frase *poner los puntos sobre las íes*, con sus variantes jocosas: “A eso llamo yo poner los puntos sobre las haches”, RG, página 731. Y con referencia a los sonidos: “No decía las erres; le salían guturales, en el velo del paladar, muy parecidas a las ges”, RSFJ, página 304; “Decía unas uves muy marcadas”, RSFJ, página 135. En esto el español se diferencia del italiano: “Mettere i puntini sugli i” y coincide en cambio con el inglés, que es particularmente

<sup>31</sup> No sé de ninguna traducción fehaciente de otro término ingl., hoy muy difundido, *teens*, ‘período de trece a diecinueve años de edad’ (“in his teens”), como tampoco de *teenagers*, que agrupa a los muchachos y muchachas de dichas edades.



rico en frases metafóricas de este tipo: "He dots his I's and crosses his T's" (para indicar que una persona es exageradamente exacta), "He doesn't know his A's and B's" (que es ignorante), "Mind your P's and P's" (que ha de tener cuidado).

En cuanto a la morfología del plural de los nombres monosílabos de las letras, podríamos repetir aquí lo que se dijo arriba (5.3) acerca de los nombres que terminan en vocal tónica. Los gramáticos insisten en la forma en *-es*, y los citan junto con éstos. Agregamos al testimonio de Nebrija (v. s., 1.2) el de Co-reas: "la *a* las *aes*... *ka kaes*, *ze zeas*, *te tees*, *be bees*", op. cit., página 145 (v. q., GD, 204); mientras que la lengua hablada prefirió "las *as*", "las *es*", y nadie diría "las *tees*".

11.0. Hasta ahora nos hemos referido al nombre y a las especies sustantivadas, en cuanto que a ellos les pertenece propiamente el número.

Los adjuntos, bien sean adjetivos o artículos, acompañan en esto al nombre: "los maestros tímidos y adulones", FGL, página 35, "aquellos locales tan cursis del Berlín nuevo", JCA, página 20. De dos adjetivos unidos por guión se marca sólo el segundo: "los problemas político-sociales". También se marcan los pronombres demostrativos: "los principios fundamentales de la ética cristiana son éstos".

Tenemos así una serie continua de aditamentos homogéneos nexuales cuando se hallan dentro de la misma oración o nexa: "¿Cómo te atreves a llevar un traje con tantas manchas?", y heteronexuales cuando están fuera de la oración (RP, I, 216): "Pero ¿qué le importará una mancha en el honor a este hombre que tiene tantas en el traje?", JCA, página 28. El antecedente puede estar implícito: "Forma un lote con la papeleta. Puestos a devolver, dámela también", JALR, página 445.

12. Tanta abundancia de señalación ha sido considerada como superflua en el ámbito del nexa u oración, en vista de otros idiomas, como, por ejemplo, el inglés, que limitan la moción de número al sustantivo y al pronombre, o de los propios idiomas romances, que en los adjuntos renuncian a veces a la marca de género o número<sup>32</sup>. De hecho, si bien estos accidentes le pertenecen

<sup>32</sup> Así, con respecto al género, el español ha renunciado a marcarlo en

sólo al sustantivo y a sus sustitutos, la repetición redundante del signo es un factor de orden y armonía, y permite una flexibilidad mucho mayor en el orden de las palabras. Compárese, por ejemplo, “Tenéis muy blandas las manos”, LVegaV, 2143, con el inglés “Your hands are so soft”, o “Medrados estamos” con el inglés “We are in a fix”. La mayor cohesión de la serie hace posible la inversión afectiva; en español determina también la relación sujeto-predicado atrayendo a aquél hacia la concordancia con éste: “Todos son obstáculos”, AQE, página 500; “Tos se güelven suspiros y temores”, AQT, página 366.

La posibilidad de llevar signo el plural hace, además, que el mismo lexema sirva para la función adjetiva y la adverbial: “De manera que nos quedamos solos mamá, el tío Nicolás y yo”, VSZ, página 223, frente a “nos quedamos solo...”, donde el inglés, por ejemplo, emplearía dos lexemas distintos, *alone* y *only*.

Por otra parte, la concordancia del artículo con el nombre salva la oposición formal entre singular y plural en los casos en que el nombre se sustrae a la marca de plural, como ha sucedido en francés y como sucede en andaluz (v. s., 20.2), por lo menos en lo que se refiere al plural masculino (“lo niño”), ya que en el plural femenino también el artículo sufre un menoscabo más o menos radical según las regiones (“la niña”, sing. y pl.).

12.1. Aunque no sea mi intención hablar de la concordancia de adjetivo y sustantivo, tema ya tratado por los gramáticos (cf. Bello-Cuervo, 839-855, Acad., §§ 205-212, GD, págs. 27-37, Keniston, 26.8-99, 36.1-95 y *passim*), quiero recordar algunos casos de suspensión de la misma por confundirse las funciones del adjetivo y del adverbio. Así, en la lengua familiar se dice: “Todos” o “todas son igual” (cf. el refrán judeoespañol “ni los dedos de una mano son igual”), y con término de comparación,

---

los adjetivos posesivos átonos: “Perdona mis culpas, que son muchas”, Ps. 24:11, frente a italiano “le mie colpe”. A la inversa, el italiano es el que rompe la serie cuando emplea el pron. [dì] cui: “le cui glorie”, “i cui libri”, mientras que el español emplea *cuyo* con la flexión propia del adjetivo: “cuyas glorias”, “cuyos libros”. Por otra parte, lo que se suprime por un lado, se suple por otro. Así “con permiso de ustedes”, por ejemplo, indica la pluralidad de poseedores; lo cual no es posible con el adjetivo posesivo *su* (y sí en ital. por la oposición *sue/loro*).

equiparándose entonces *igual que* con *como*: “Para mí la quisiera la vida que se da... Los chóferes, igual que los marinos; ya sabe usted”, RSFJ, página 319; “los ojos, igual que peces, se miraban unos a otros”, JEI, página 239<sup>38</sup>. Puede recordarse en relación con esto también el adverbio *así* frente a *tal*, plural *tales* (desus.): “Estas noches atán largas para mí / no solían ser así”, PLT, número 46, volumen 1.

Los comparativos orgánicos también vacilan: “No creo yo que haya ninguna manera mejor que otra —contestó Zacarías—, para decirle a una madre que su hija se ha muerto. Todas son la peor”, RSFJ, página 355, frente a “Otras cosas hay peores”, RSFJ, página 59. Confróntese el italiano *peggio* que sirve de comparativo tanto del adverbio como del adjetivo. *Poco, mucho, demasiado* funcionan como adverbios en oraciones como “una palabra es poco y dos son demasiado” (cf., en cambio, el italiano “[A volerla spiegare per bene...] una parola è poca e due son troppe”, DFPF, pág. 343).

Keniston cita también este otro caso adverbial: “las cosas demasiado de chicas ni demasiado de grandes”, 39.6; v. q. *igual de*, tras sustantivo tanto singular como plural, del mismo modo que *nada de* y *así de* (cf. FR, § 70): “Salvada la angustia, consumido ese dinero, hubiéramos seguido siendo igual de pobres, sin esperanza, porque la raíz de todo está más honda...”, JLRM, página 26.

13.1. Los numerales no deberían llevar lógicamente la moción de número, que les es intrínseco. Sin embargo, ya en indo-europeo (cf. *treies* y véase S-S, 40), lo llevan los números bajos, usándose, en cambio, de veinte para arriba, unos sustantivos construidos con genitivo (cf. Lenz, 162). En los idiomas romances ha habido asimilación parcial al adjetivo: en castellano arcaico, en el caso de *dos*: “dues tierras”, DL, número 5 (1210), 1.54, “duas

<sup>38</sup> Recuérdese también la expresión *da igual*, que sólo se usa en singular: “Hombre, di algo, lo que se te ocurra, mentiras, da igual”, RSFJ, pág. 227. Al otro extremo está la pluralización de *igual* en *por iguales*: “los beços avenidos, la boca mesurada, / los dientes por iguales, brancos cuemo cuajada”, Alex., 1715cd. Por otra parte, *estar iguales* ‘emparejarse, empatar’, tiene concordancia normal: “Ya estamos iguales”, AQF, pág. 754.

[tierras]”, *ibíd.*, número 18 (s. XII), 1.5, frente a “dos maravedís”, *ibíd.* En la lengua actual se marcan con signo de plural y género los números de los centenares desde *doscientos* hasta *noviecientos*: “Vos traéis ciento de mula, yo trezientos de caballo”, *Canc. de Romances*, f. 162v, v. 31<sup>34</sup>; mientras que el italiano conserva invariada la forma en *-to*: *duecento*, como el inglés y alemán *two hundred*, *zwei Hundert*. Concuerta en ello con el francés, pero a diferencia de éste lleva el signo también cuando el numeral va seguido de otro: “doscientos diez años” frente a “deux cent dix ans”.

Por otro lado, el español emplea el singular *mil* para toda la serie: *dos mil*, *diez mil*, mientras que el italiano hace diferencia (con el lat.) entre *mille* y *mila*: *due mila*, *dieci mila*. Desde el *millón* (que en esp. es un italianismo), ambos idiomas adoptan la forma sustantiva seguida de genitivo: “Un millón de besos”; en la época arcaica y clásica, para significar 1.000.000 o cantidad altísima se empleaba *cuento*: “E de rios de piedad cien mil cuentos”, Monteseino, BAE, XXXV, 402b (v. q. MPidalM, 89.3). El castellano arcaico conocía también el sustantivo *millaria*, genérico para ‘miles’ (cf. E6Cant., 5.10) o para múltiplos de 10.000: “dos millarias de”, ‘veinte mil’. Cuando los números declinables van seguidos de *y pico*, toman *de*: “trescientos y pico de mujeres”, o se construyen sin preposición; lo cual es taxativo si sigue otro numeral: “De las trescientas y pico mil pesetas (según nuestros datos) pendientes de pago, queda un pico de setenta mil”, Cod.

13.11. La aproximación, bien sea que se exprese con *unos* o con *+* y *tantos* o con ambas cosas: “Unos setenta y tantos años”, introduce el género y el número también junto a los numerales que de suyo lo rehusan; v. q. “El nieto, que tiene unos veintitantos años, es un muchachote jovial y desenvuelto”, JSB, página 326. También en la aproximación por debajo o por en-

---

<sup>34</sup> Así, unos numerales marcados se intercalan en una serie homogénea en la ausencia de todo morfema de género y número; cf. “Cada diez pesetas se me convertían en más de cien” con “Cada diez pesetas se me convertían en más de doscientas”. El numeral marcado con el número (pero no con el género) se emplea en la frase *hacer (el número de)*: “El (o la) que hace doscientos” o “que hace el número de doscientos”.

cima, que el español expresa por los adjetivos *escaso* y *largo*, hay concordancia: “Maruja tenía el don de la perfidia con sus ochos años escasos”, RSC, página 29; “En esta Feria los sevillanos se han gastado cuatro milloncejos largos de pesetas en libros”, Cod.; “El mitin convocado ayer a las siete y media comenzó a las ocho largas”, *ibíd.*

13.12. Una diferencia curiosa entre el español y el italiano consiste en el uso del femenino plural por parte de aquél (en ciertos niveles) en los sustitutos del numeral cuando se pregunta por el resultado de una operación matemática: “¿Cuántas son siete por ocho”, mientras que en italiano se diría: “Quanto fa sette per otto?”. Por la fecha puede preguntarse con “¿A cuántos estamos?”, a lo que se contesta con  $a +$  el número del día del mes; por ejemplo: “A quince”, AQN, página 662. Si no se quiere indicar la fecha en modo explícito también se puede usar un sustituto en plural: “a tantos de tantos sucedió tal cosa”.

13.13. Precedidos por el artículo femenino con moción de plural, los numerales indican la hora: *las diez*. (En esto la aproximación se hace con pron. n.: “Yo pasé con Valentina a eso de las doce”, RSC, pág. 346.)

13.2. Cuando los numerales indeclinables *ciento* y *mil* adquieran signo de plural se convierten en colectivos que indican cantidad muy alta e indefinida, aunque no siempre la diferencia se deslinda con toda claridad en la percepción del hablante; compárese “Senda de flores mil”, *EsprDM*, 1302, con “Los carros de Dios son miles y miles”, *Ps.*, 67: 1. V. q. “En cualquiera de los miles que he dejado pasar por mi lado...”, página 236. “Hacían cola, después, ante las taquillas de los teatros, cientos de personas”, *JLRN*, página 213; aquí se hubiese podido emplear también *centenares* (o *millares*); en italiano sólo *centinaia* y *migliaia*. “Millones de yerbas que diluían en el aire un perfume fresco”, *RMS*, página 152<sup>35</sup>. V. q. la locución ad-

---

<sup>35</sup> Entre los demás numerales recordaré el distributivo *sendos* y los multiplicativos, entre los que merece señalarse en la lengua arcaica el tipo *-doblo* en formas como *tresdoblo*, *sietedoblo* y *tresdoblos*, *sietedoblos* (en ital. también se dio el pl.: “In settedoppi”, A. Brucioli). Recuérdese también *ciento tanto*, “Cuando cuida que gana, ciento tanto va a perder”, *RimP*, 526d y *cientos tanto* que se propagó a *otros tantos*: “Otros tantos

verbial *a cientos*: “Intentaban a veces adivinar qué había tras los rostros vulgares que se cruzaban a cientos en las calles”, JAPC, página 153.

14.1. Prosiguiendo con las partes del discurso en su relación con el número, señalaré que de los pronombres personales sólo los de tercera persona (que en realidad son demostrativos en su origen y se prestan para funcionar como tales), pueden asimilarse al nombre en cuanto al número: *él*, plural *ellos* (la palatal es debida al étimo lat. *illos*), *ella*, pl. *ellas*. Los otros pronombres, de primera y segunda persona, no admiten la denominación de plural en el sentido que hasta ahora se ha ido dando al término, ya que *nosotros* y *vosotros* no son una suma de *yo* + *yo*, etc. y de *tú* + *tú*, del mismo modo como *hombres* equivale a *hombre* + *hombre* + *hombre*; sólo uno es el hablante, *yo*, que para transformarse en *nosotros* ha de agregarse a un *él* o *ellos*, o a un *tú* o *vosotros*. No sin motivo, pues, el idioma se vale aquí de un sistema de suplección, o sea: combina formas no relacionadas entre sí en su étimo (v. q. Lenz, pág. 228): a saber, *yo* y *tú*, respectivamente, primero con *nos* y *vos*, y con *nos amos*, *vos amos*, para dos personas (durante la época arc.), y luego con *nosotros* y *vosotros*, hasta hoy.

*Nos* en posición tónica sólo sobrevive hoy como plural mayestático (*vos*, para el tratamiento), y en el sintagma *entre nos*: “Mira, el general no es malo; pero, aquí entre nos, en todo quiere llevar la batuta”, RG, página 728; pero también se dice “entre nosotros”<sup>36</sup>.

Al eliminarse la forma escueta *nos* y *vos* se arrinconaron también las formas *connusco* y *convusco* (cf. “Una virgen se

---

ha, señora, que os tengo dentro en mi alma”, *Canç. de Romances*, fol. 180, v. 45, y el uso de *diezmo* asimilado al adjetivo, en castellano arcaico: “que los diezmos miracles podiésemos contar, / los que por la Gloriosa doña Dios demostrar”, BerceoMil., 235cd. Por lo demás, las quejas de Lenz acerca de lo poco estudiados que están estos sistemas en castellano (páginas 163-165), podrían repetirse hoy, también para lo que atañe a la contaminación del signo de número.

<sup>36</sup> En cambio, no podría emplearse *entre nos* para traducir italiano *tra noi* en un pasaje como éste: “E poi, se debbo essere sincera, debbo pur dire che su lui corrono delle strane voci... —Che voci? —Fatti successi in città, prima che venisse tra noi”, DFR, pág. 15.

empreñará e parirá un fio que será nombrado Emanuel, que quier dezir: — Dios connusco”, E6 Is., 7:14), con lo cual ya antes del siglo XVI (cf. Keniston<sup>1</sup>, 6.16) se rompió la serie, *con-migo, contigo...*, empleándose el analítico *con nosotros, con vosotros*.

De por sí, *nosotros, vosotros*, como el italiano *noi/altri, voi/altri*, francés *nous autres, vous autres*, son plurales exclusivos que sirven para contraponer (cf. “Ellos cayeron derribados, / nosotros nos mantenemos en pie” Ps., 19:9; “Eso, vosotros los casados —había dicho Lucio— os quejáis”, RSFJ, pág. 269) o para agrupar dentro de la contraposición (cf. “Pensar en el binomio la gente-nosotros en vez del binomio la gente-yo era una nueva sensación, una borrachera”, JAPC, pág. 67)<sup>37</sup>. Pero en español (como también en ciertos dialectos itals., p. ej., en véneto) dichas formas ampliadas se emplean también como inclusivas: “¡ Amor! Ni tú ni yo, Nosotros”, JG, página 43. El llevar signo de género y número quizá haya contribuido a esta progresiva generalización, que aún no se ha estudiado en todas sus fases.

14.21. Advertimos que en español el pronombre personal de 1ª y 2ª persona del plural puede quedar reemplazado por un sustantivo plural precedido de artículo determinado, que no afecta a la concordancia con el predicado (cf. Keniston<sup>1</sup>, 36.71). Así el sustantivo, que en la economía de la oración viene a tener una función apositiva, puesto al principio del discurso expresa plenamente el número, o sea la colectividad de los individuos de un sexo, nación, profesión, etc.

“Porque, sin dudas, las mujeres mucho más que los hombres, tenemos necesidad de tener por sospechosa cualquier opinión en que caemos hasta que se haya muy bien primero examinada y comunicada”, ValdMC, página 263; “A los viejos nos corresponde matizar un poco”, ABC; “Las puertas de esos graneros estaban cerradas con llave para que los niños no entráramos”, RSC, página 18; “Los hombres dais importancia a cualquier

---

<sup>37</sup> También latín *noster*, español *nuestro*, era en su origen exclusivo, idea que aún se manifiesta en la conciencia del hablante; cf. “En nuestra guerra lo mataron; en la guerra que los españoles, excluyentes y solidarios, llamamos nuestra”. VSZ, pág. 94.

cosa”, CTC, página 75. En el lenguaje corriente, el plural precedido de artículo puede reemplazarse con un colectivo: “En estos tiempos la juventud no sabéis lo que es el respeto a los padres”, JAPC, página 62, o con un distributivo: “Como hay sobra de mujeres y ca’ hombre cabemos a dieciseis mujeres y tres señoritas...”, Muñoz Seca, *Obras Completas* (Madrid, 1948), volumen IV, página 374<sup>38</sup>.

14.22. También podrían recordarse aquí algunas construcciones “de contacto” inmediato entre el verbo y el complemento predicativo del sujeto, del tipo “venimos dos” frente al italiano “veniamo in due”. Cf. “Anda, pasar los dos”, RSFJ, página 328; “Trabajo les va a costar tumbarnos a los trescientos”, RMS, página 101; “¿Venís los mismos? —Algunos sí, señor. A otros no los conoce”, RSFJ, página 15; “Todavía circulamos unos pocos”, *ibíd.*, página 192; “Pues nos juntamos unos pocos”, *ibíd.*, página 206<sup>39</sup>.

15.0. El verbo tiene para con el número una relación parecida al pronombre personal (v. s. 14.1) que representa al sujeto que ejecuta o recibe la acción, y no por acaso se señala la tercera persona como la más próxima a la alteración del pronombre *él*, plural *ellos*, *él viene*, *ellos vienen* (aunque hay idiomas que re-

---

<sup>38</sup> La misma construcción sirve también para contraponer sin introducir elementos adicionales; cf. “Los prisioneros fueron enviados a Chihuahua y los captores nos quedamos”, RMS, pág. 84. Nótese el viraje brusco: “¿Por qué demonios hay unos automovilistas de primera clase, con derecho a aparcamientos para ellos solitos, y otros de segunda, que nos tenemos que quebrar la cabeza buscando dónde poder dejar el coche?”, Cod. También puede preceder al pred., en cuyo caso la primera o segunda persona queda encarnada o distribuida en distintas especies: “Aquí estamos pasándolo bien, mal y regular, los bautizados, los gentiles, los santos, los pecadores, los creyentes, los paganos, los ateos, los listos, los tontos, los toreros y las hermanitas de San Vicente de Paúl”, Cod. Cuando en español se antepone el pronombre personal, nótese que las mociones son tres: “Nosotras las mujeres”, frente a una sola del italiano: “Noi donne”, o dos a lo sumo, “Noialtre donne”.

<sup>39</sup> Frente al italiano “Circoliano in pochi”, “Ci riuniamo in pochi”. En español la construcción se da también con el pronombre personal en forma partitiva: “teníamos que regresar al tren, los que quedáramos vivos de nosotros con los federales que quedaron en pie”, RMS, pág. 80.



nuncian aún a esta distinción como el ingl. *cockney*: “I goes”, “he goes” y el americanismo vulgar: “he go”, “they go”; en español tenemos un caso comparable, pero en una forma no personal: “Los gigantes y cabezudos bailando al son del tambor..., el alguacil disparando cohetes”, JEL, pág. 210). Por lo cual, la confusión que observamos entre las personas del pretérito indefinido: “¿Tú hicistes esto?”, “¿A qué hora te levantastes esta mañana?”, no puede ponerse propiamente bajo la rúbrica del número.

15.11. El verbo participa de las desinencias nominales de género y número en las formas compuestas con participio; en español esto se da en la voz pasiva: “Los estudiantes han sido amonestados”; “A pesar de haber sido amonestados...”; “Los consejos se dan para no ser seguidos”, Cod. (donde, además, la voz pasiva, generalmente arrinconada por el idioma familiar, parece preferirse justamente porque hace entrar en el juego la marca del número).

En castellano arcaico también concordaba ocasionalmente el participio en las formas compuestas de *estar*: “perecieron como si no fuesen estados”, E6, Ecli. 44: 9, de los verbos intransitivos, como *ir*: “E quando ellos fueron idos, apareció el ángel de Dios en sueños a Ioseph, e dixol”, *ibid.*, Mat., 11: 3; y a menudo de los transitivos con *haber*: “Los sos sanctos descípulos que él avié criado”, BerceoSMill., 310a (v. q. Keniston<sup>1</sup>, 33.87).

Hoy, la falta de concordancia del participio en estas formas, que se han fijado como sintagmas: “han estado”, “los había criado”, “se habían ido” (para una excepción cf. Keniston<sup>2</sup>, 33.82), representa uno de los pocos casos en que el español se queda corto frente a los otros idiomas románicos en cuanto al signo de plural.

15.12. Lo cual, sin embargo, se compensa por el uso frecuente y variado de los semiauxiliares: “Corred, corred, volad a prisa, a prisa, / que nos lleva robadas las almas y las vidas”, ICruz, página 10 (v. q. Keniston<sup>1</sup>, 33.88 y Keniston<sup>2</sup>, 33.81). Así, en lugar de decir “Nos ha hartado”, se dirá comúnmente: “Nos tiene hartos” o “hartas”; “en lugar de decir: “Nos ha sorprendido”, podrá decirse con más eficacia: “Nos dejó extrañadísimos” o “extrañadísimas” (o en la lengua fam., “patidi-

fusos”). Acaso la posibilidad de expresar género y número haya contribuido a la difusión de estas construcciones.

15.21. No es mi intención tratar de si concuerdan, y cómo, nombres y verbos. Sólo quiero recordar que el tratamiento de *vos*, ocasiona discrepancias entre el verbo y los tratamientos que modifican el nombre, en cuanto la persona y número del verbo y la elección de los pronombres concuerdan entre sí en plural, mientras que los adjetivos van con el número lógico (en sing.): “Os pido que seáis amable con vuestro hijo”. Este uso coincide con el del plural mayestático en la persona *nos*: “Serenissimo Príncipe, muy caro y muy amado tío y hermano: Aunque seamos cierto que por muchas partes havréis sido avisado del desastre que nuevamente ha acaecido en Roma y que con vuestra mucha prodencia lo havréis todo tomado como de razón se deve tomar y como aquel que de nuestra intención está muy bien informado, no havemos querido dexar de hazéroslo saber porque siendo más enteramente certificado del caso cómo ha passado y de nuestra intención acerca dello podáis mejor aconsejarnos y ayudarnos en lo que converná sobre esto hazer para honra de Dios y bien universal de la república christiana”, ValdMC, página 87. En el uso argentino del tratamiento *vos* hay también discrepancia con el verbo.

15.22. En cambio, el plural de modestia (y el llamado en latín el *pl. auctoris*), como también el plural inclusivo usado coloquialmente (“¿Estamos?”, “¿Quedamos tranquilos?”) funcionan como los demás plurales con concordancia completa, y la discordancia afecta al contenido, siendo el sujeto lógico uno solo, el hablante o el interlocutor.

16.0. Hasta ahora hemos concentrado nuestra atención en la morfología y en el funcionamiento del plural y no en el concepto mismo y en sus contenidos semánticos, aunque las palabras y sintagmas que se ofrecían a nuestra atención nos han obligado a veces a fijarnos en los distintos aspectos en que se concibe el número.

El plural es el número de “muchos”. Indica abundancia en todos los órdenes: “¿Usted ha visto el mercado como está esta mañana? ¿De pavipollos con pechugas gordas como melones? ¿De terneras en canal, orondas como mujeres ricas? ¿De perdi-

ces con patas coloradas?”, JLRN, página 193; “En medio había botijos y porrones, hogazas de dos kilos de pan blanco, navajas, jamones y tortas de maíz amasado en sangre de cerdo”, JAPC, página 19; “Sobre el polvo, botijos y sandías y capachos de cuero”, RSFJ, página 28; “Macas, muescas, nudos, asperezas, huellas de vasos, se dibujaban en el fregado y refregado mostrador de madera”, *ibíd.*, página 10; “Al fulgor de la luna que se elevaba, vimos torres, cúpulas, casas en los flancos de otros cerros, un río”, RMS, página 134.

16.1. Cantidad muy alta puede indicarse, además de con los numerales, como ya vimos (13.2), también con varios adjetivos y con formas partitivas. Aquí me limitaré a señalar la variación del género en un mismo sustantivo, o en un derivado: “Le pasamos carros y carretas, pero no hay más remedio”, AQN, página 685.

16.21. El número cardinal precisa y limita la extensión del plural: “Según información del INLE, el número de libros publicados en España durante el año 1967 asciende a 11.833, de los cuales 3.582, en Madrid, 6.332, en Barcelona y el resto en otras provincias”, ABC. (En realidad, si bien se mira, el numeral hace que el signo de plural sea redundante, como se ve por al. “zwanzig Stück...”, lit. “veinte pieza...”).

16.12. Como la aproximación, y no la delimitación exacta, caracteriza el habla corriente, el español, como los demás idiomas, tiene una serie de medios para restar fijeza al numeral, como *unos + y tantos*, *+ y poco*, o *escasos, largos*, que ya vimos arriba (13.11). Agregamos aquí el *como* antepuesto: “Nos dieron a cada uno un saco como de tres kilos”, RMS, página 33, y el uso del verbo *andar*: “Unos pueblos labradores que andan por los ciento cincuenta vecinos”, JEI, página 210. También hay maneras especiales para expresar cantidad limitada, por debajo: “El enemigo no tenía veinte bajas pero no faltarían muchas”, RSC, página 85; “No llegaron a ser cien las palabras que entre todas las ocasiones se dirigieron los dos”, JAPC, página 155; “No es nada, mujer; atravesar este campo y luego serán, como mucho, ochenta o noventa metros de subida”, RSFJ, página 225, y para la edad: “roza en los cuarenta”; y cantidad limitada, por encima: “De todos los que íbamos en la columna, cuando menos

novcientos eran menos que teniente”, RMS, página 40; y para las horas: “No será tarde. —Las siete dadas. Tú verás”, RSFJ, página 199. También se usa la litote: “Pues porque a más de uno se le iba a antojar acompañarte”, RSFJ, página 20; “Y que no es un kilómetro ni dos los que se lleva corridos”, *ibid.*, página 193. La declaración de ignorancia acerca del número sugiere cantidad muy alta: “Vaya Ud. a saber los años que tendrá”, RSFJ, página 345; “He perdido la cuenta de los años que tengo”. Dicha ignorancia ensalzadora se ha lexicalizado en la expresión *sin cuento*: “me cercan desgracias sin cuento” Ps., 39: 13. A la inversa, la afirmación del número redondo se hace añadiendo expresiones como *ni más ni menos*, *sin ponerle(s) ni quitarle(s)*.

16.23. Por otra parte, los numerales escuetos a veces no han de tomarse literalmente, sino como indicación de cantidad indefinida, por litote: “por cuatro días que vivimos”, “En cuanto los aplauden dos veces se olvidan de los amigos y de todo”, AQE, página 469; o por hipérbole: “Me dijo esto y cincuenta cosas más”. Como el uso aproximativo del numeral es un medio propio del habla familiar, en la lengua escrita y en la poesía introduce un elemento afectivo. Así, en versos como estos de Sor Juana Inés de la Cruz: “Como entre espinas la Rosa / como entre nubes la Luna, / única y como ninguna / luce la divina Esposa: / toda pura y toda hermosa, / púrpura y biso vestida: / Ciudad de Dios defendida, / Arca de su Testamento, / de la Trinidad Asiento, / Iris hermoso de paz: / ¡y trescientas cosas más!”, página 109.

Para la exageración se prestan casi todos los números altos, en especial *mil*: “Nos llevó desde la estación con otros viajeros un inmenso coche ómnibus de caballos cuyas ruedas hacían demasiado estrépito sobre el adoquinado y cuyos mil cristales temblaban por todas partes”, RSC, página 93, y los múltiplos de *mil*: “Que bien que mal, sufro mis tristes pasiones, / aunque me tienten diez mil tentaciones”, PLT, número 10, versos 25-26. Seguido de *y la madre*, *ciento* es de uso exclusivamente coloquial: “Habíamos el ciento y la madre”.

16.231. Especial interés por su antigüedad tiene el número simbólico siete, que heredamos de la Biblia, donde sirve para designar cantidades altas o indefinidas: “Las palabras del Señor

son palabras auténticas, / como plata limpia de ganga, / refinada siete veces” Ps., 11:7. Recuérdese el precepto evangélico de perdonar al prójimo: “—¿Cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces?— a lo cual Jesús: —No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”, Cant. Mat., 18:215, que tantos ecos directos e indirectos ha tenido en las letras españolas: “Súfreseles el repetir los dichos y los cuentos que siete veces agradan y otras tantas enseñan, hiriendo de casera filosofía”, *Criticón*, edición citada, volumen II, página 53. V. q. *setecientos* en “Cuando voy que me mato, detrás de las ovejas, bregando por esos llanos de setecientos infiernos”, RSFJ, página 302. Véanse también *saber más que siete*, *matasiete*, *un pillo de siete suelas*, *dormir en siete años* y otras expresiones populares; las cuales no obstan, sin embargo, para que en la conversación el número simbólico choque a veces con el que se entiende literalmente en su propio valor: —“Creo que llevaste a una fiesta a unas italianas muy modernas. —No recuerdo. ¡Ah, sí! Nada: una italiana que conocía yo de no sé dónde. —¡Ya! ¡Una! ¡Menudo fresco estás hecho! ¡Siete! —¿Siete? No digas idioteces. Si hubieran sido siete hubiera dicho siete. ¿Qué más da?”, JAPC, página 157.

16.24. En ciertos contextos, los numerales, además de ser imprecisos (en más o en menos), entrañan una connotación peyorativa: “Entonces se reúnen tres señores, y sin el menor conocimiento...”, Cod.; “Te voy a decir dos o tres cosas”; “Le cantó las cuarenta”; “No había más que cuatro gatos”.

16.25. Es curioso que la letra *x*, que los árabes alinearon con los guarismos para indicar cantidad indefinida, se use hoy en el habla con este valor: “Que los modelos que sacan a la calle se agoten en equis tiempo, ¿no me comprende?”, RSFJ, página 193. Para expresar una multitud de contornos imprecisos hay también frases explícitas; cf. “Cuando se retiró me dijo que no quería quebraderos de cabezas, que deseaba vivir tranquilo, sin preocupaciones, los años que Dios dispusiese...”, LOC, página 32.

16.26. La idea de indeterminación puede agregarse al sustantivo en plural como nota accesoría con un *que andan* o *que hay* + *por ahí* o *por esos mundos*: “esos grandes idiotas que andan por ahí”, JACP, página 94; “Dado el número de perros

que hay sueltos por ahí”, Cod.; “Como en casita, en ninguna parte. Anda tanto pillo suelto por esos mundos”, JSB, página 354.

Obsérvese a este propósito también el uso fraseológico con los verbos *venir* e *ir* en la tercera persona del singular del presente de subjuntivo: “Se tropieza con una simple histérica, se dice que está loca y, venga desembolsos y tratamientos caros, y... ¡Quiá! ya la curaré yo”, ABV, página 229; “Un gusto como en tu vida lo has visto por los pueblos. Vaya telas y vaya hechuras y vaya todo!”, RSFJ, página 18. V. q. las construcciones *qué de, una de*, etc. (18.1). Para concluir con la ponderación del número se emplea *que ya + ser* concordado en número plural: “Uno, obligada víctima y esclavo del deber, sigue su andadura hacia el Salón de Otoño número 49, ¡que ya son salones!” Cod.

17.1. Los lingüistas nos hacen observar que *uno* recibe su valor de numeral por contraposición a cero. Entre los demás numerales no hay una oposición de plural/singular; *dos* no es *uno + uno*, sino una nueva unidad (Lenz, § 103). De hecho, el plural gramatical de *uno* es *unos*, que quiere decir “más de uno”: “¿Quién está aquí?” —“Unos hombres”.

Coloco aquí la mención del artículo indeterminado, no sólo porque en español, como en otros idiomas también no romances (al. *ein*), es un numeral el que sirve de artículo indeterminado, sino también porque el efecto que se sigue de su uso es el de limitar la pluralidad respecto al total de los seres u objetos que se nombran. El Abbé Guillaume describía esta limitación como un movimiento centrípeta que vuelve hacia lo individual después del movimiento centrífugo en dirección hacia lo universal<sup>40</sup>. Esta determinación partitiva: *les hommes > des hommes*, la ha llamado un discípulo de Guillaume, B. Pottier, “inversora de la extensión”<sup>41</sup>. Entre los idiomas romances, el francés es el que más ha desarrollado esta construcción, pero con el fin principal de señalar el plural, que, de otro modo, en la mayoría de los casos, no se percibiría. El español coincide, a veces, con este uso, pero sin recurrir, como el francés y el italiano, a la suplección (respec-

<sup>40</sup> C. Guillaume, *Langue et science du langage* (París, 1964), pág. 146.

<sup>41</sup> B. Pottier, *Introduction à l'étude de la morphosyntaxe espagnole* (París, 1966), pág. 43.

tivamente *un, des, uno, degli*), sino empleando el plural de *uno*: “Tengo ganas de comerme unos bombones”, francés “manger des bonbons”, italiano “mangiare dei cioccolattini”; v. q. “Tus hijos, unos modelos”; “Parecen unos hipócritas” (cf. Keniston<sup>2</sup>, 20.52). Pero a menudo, el español se queda corto respecto al francés, y aun, a veces, respecto al italiano: “Dame cerillas”, francés “Donnez moi des allumettes”, italiano “Dammi dei fiammiferi”<sup>42</sup>.

17.11. En la lengua actual, *de* introduce el complemento de separación u origen tras ciertos verbos que podrían sugerir también idea partitiva; cf. “picar de las chocolatinas”, MMM, página 10 (v. q. Keniston<sup>1</sup>, 20.81 y cf. “Éste que va de sus alfasas prendiendo”, LBA, 1708b). El *de* propiamente partitivo se usaba en la Edad Media no sólo ante nombres de sustancia: “mandábales dar del vino, mandábales dar del pan”, *Canc. de Romances*, folio 106v, verso 49, sino también ante nombres de entidades numerables: “Quiérolas casar con de aquestos mis vasallos”, *Cid.*, 1765 (v. q. MPidalCid., 382.30); “De las palabras en juego dirélas si las oyes”, LBA, 680c. La división que hoy se hace con *unos ... otros* se hacía asimismo con *de ellos (d'ellos) ... de ellos (d'ellos)*: “villas y castillos tengo, todos a mi mandar son, / d'ellos me dexó mi padre, d'ellos me ganara yo”, *Canc. de Romances*, folio 160v, versos 11-12.

17.12. Por otra parte, la construcción sin artículo determinado que puede servir para limitar respecto a la totalidad en el tipo ya aludido “Dame cerillas”, se da también, pero en dirección centrífuga, para subrayar multitud: “Llevo años en este pueblo”; “los otros, más que subordinados, eran sus amigos de años atrás”, RMS, página 20. “¿Cuánto tiempo estaremos allí? —Meses...; quizá años”, *ibid.*, página 153.

18.1. El amplio capítulo que FR dedica a los pronombres indefinidos y cuantitativos en lo morfológico y sintáctico (384-464) me exime de entrar a fondo en el argumento por lo que concierne al plural. Tocaré sólo algunos aspectos. Para la comparación

<sup>42</sup> Al otro extremo están las construcciones de partitivo explícito como en “De domingos no trae más que uno esta semana, y hay que aprovecharse”, RSFJ, pág. 33.

con italiano *qualche* (del que existió un homónimo esp. en la época clásica: “viniendo por la calle... ve qualque perro muerto”, GDant, fol. 4v [v. q. el glosario]) recuérdese que en español *algún* puede acompañar términos primarios que indican un solo ser; confróntese “Algún centinela, apostado a distancia de precaución, nos había descubierto antes que nosotros a él”, RMS, página 70; “la bocina de algún coche que vagaba por las calles solitarias”, *ibíd.*, página 154, o puede indicar varios: “segundos que vuelan, minutos que corren y algún disparo suelto, como salpicadura”, *ibíd.*, página 133; “Observaba las líneas rotas del telégrafo, algún poste derribado, alguna huella sobre la tierra cericana”, *ibíd.*, página 128; “Por la zona próxima a las rocas la tierra no tenía más que matas por las que corría alguna culebra despistada”, JAPC, página 42; “Saltó hasta Lucio alguna esquirra de hielo”, RSFJ, página 11 (más ej., en FR § 190). De las fórmulas más o menos lexicalizadas que testimonia el castellano arcaico (cf. “Si yo algún día visquier, seruos han doblados”, Cid., 251; “Rogad al Criador que vos biva algunt año”, *ibíd.*, 1754; cf. MPidalCid, 337.23), la que queda aún más viva es *alguna vez*. Pero *algún* como adjunto es lo bastante infrecuente (al contrario del frecuentísimo *qualche* del ital.) como para surtir efectos estilísticos; cf. “En el silencio tan imponente que se produjo sonaron el canto de un grillo, el croar de unas ranas y alguna voz en la lejanía”, JEI, página 238; “Hasta margaritas hay Distantes, allá en su reino, Y algún botón amarillo, Feliz de ser tan concreto”, JG, página 34.

Para indicar pluralidad, el español tiende a añadir *que otro* a *alguno* (o *uno*): “He estado alguna que otra vez” (también en pl.: “¿Qué has estado haciendo? —Algunas que otras cosas”, JAPC, pág. 60); para las variantes de esta forma ampliada cf. FR, en el lugar citado; también se da con el mismo valor, y para designar pluralidad indefinida, *uno u otro*: “Una chica u otra tocaba a veces el piano”, VSZ, página 56.

18.2. Como encarecedoras de la cantidad sirven también unas construcciones partitivas peculiares del español; a saber: *qué de* (cf. Keniston, 22.65, Keniston<sup>2</sup>, 22.54), *la de, una de*; “Una de chismarracos!”, MMM, página 17, “Tenemos una de enredos



estos días...”, RSFJ, página 201; “—Ha triunfado un español.—  
—; Debe de tener una de recomendaciones!..., Mingote, ABC.

28.3. La lengua clásica conoció también *cuánto de* con nombres de seres numerables, y junto a la forma partitiva, el adjetivo *cuanto* como simple modificador del nombre, en singular: “; Cuánta de marlota verde! ; Cuánta aljula de escarlata! ; Cuánta pluma y gentileza! ; Cuánto capellar de grana!”, MPelayoAnt., VIII, 198, número 72, versos 12-13; y cf. también hoy en oraciones exclamativas: “No se dibujan entre ellos tipos. / ; Cuánto pantalón ceñido de vaquero, cuántas frases y actitudes *standard*, cuánto desenfado aprendido, masculino y femenino, cuánto comparsa de cine suelto por la calle!”, VSZ, página 19, y en otras donde *cuanto* es adjetivo relativo: “requisando cuanta mula hubo en la ciudad”, RMS, página 32.

18.4. Una construcción de singular comparable con la que registramos en 17.2 para *alguno* se da también con *tanto*. Hacemos este adjetivo indefinido en frases exclamativas: “Como todo el mundo tiene tanta prisa y tanto negocio y hay que tomar el tranvía y el Metro, pues no tienen tiempo para eso...”, MMB, página 61; “Haces tanta pregunta...”, RSFJ, página 64; “; Tanta queja y luego nada!”, “Juan. —Lo que le pasa a usted es que, de representar tanta opereta, ya le parece todo natural”, MMB, página 64”. Pero también fuera del ámbito de la exclamación: “; Es que no quieres a tu mamáita?— Me reventaba tanto diminutivo, VSZ, página 102: “Me da un poco de miedo tanto cuadro y tanto pajarraco”, MMM, página 17. *Tanto* + sustantivo singular para indicar pluralidad tiene una larga historia: “Veriedes aduzir tanto caballo corredor, / tanta gruessa mula, tanto palafre de sazón, / tanta buena espada con toda guarnición”, (Cid, 3242-44; “non tienen letuarios tantos ni tanta especie”, LBA, 1338b, “Mira las campañas, / cría tanta sabandija, Tanta yerba ponzoñosa”, SBad., página 208; “; Tanto inocente amor, tanta alegría, Tantas delicias y delirio tanto”, EsprDM, 1661-2; “Con tanto sabio financiero, Diplomático, ecónomo, hacendista, Estadista, filósofo, guerrero, Orador, erudito y periodista Que honran el siglo”, *ibíd.*, 798-802. (V. q. PME § 44. Para fr. *tant* confóntese Gamillscheg, págs. 220 y sigs.).

18.5. Consideraciones parecidas —prescindiendo de la ex-

clamación— pueden hacerse acerca de *mucho*; ya lo señalaba Juan de Valdés en su *Diálogo de la Lengua* (1535): “Con la lengua hebrea se conforma [la cast.] en usar algunas vezes el número singular por el plural y assí dize mucha naranja... por muchas naranjas”, citado por Keniston<sup>1</sup>, 3,223. Ya en castellano arcaico hallamos *mucho* + *singular* alternando con *muchos* plural: “Muchas de buenas fuentes, mucho río cabdal, / otras muchas mineras de que fazen la sal”, FernG., 150cd; “de morir a cochiello non ovieron temor, / muchas vírgenes santas, mucho buen confesor”, *ibíd.*, 155cd, o alineado con el plural escueto: “cabritos con las cabras, mucho cabrón cornudo”, LBA, 768c. Es muy frecuente, asimismo, como peculiaridad estilística (¿arcaizante?) en el romancero: “muchas armas reluciendo, mucha adarga bien labrada, / mucho caballo ligero, mucha lanza relumbrada, / mucho estandarte y bandera por los aires revolaba”, MPelayoAnt., VIII, página 116, número 23, versos 4-6.

Hoy, *mucho* no puede conmutarse sin más con *muchos* plural, y conserva cierta eficacia estilística; sirve para variar el discurso (cf. “Habría traído con él de Segovia gran acopio de cronicones de España, mucho libro de caballerías, no pocos de devoción”, ELG, pág. 17), y, contrariamente a lo que sugiere FR (387, núm. 2), se emplea también en la lengua hablada, en determinados contextos, para aprovechar el carácter más incisivo del singular: “Es que hay mucho gracioso por el mundo”, RSFJ, página 202. *Mutatis mutandis* podrían hacerse acerca de este uso del adjetivo indefinido algunas de las consideraciones que hace C. A. Robson acerca del francés *maint*<sup>43</sup>.

18.6. *Demasiado* se moldea en la construcción de *mucho* + singular en el habla familiar; cf. “Va habiendo ya demasiado merendero pegando al río y la General”, RSFJ, página 13<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Huelga advertir que en este uso *mucho* coincide en la forma con el empleo del adjetivo en su valor semántico propio, que se da, por ejemplo, en este pasaje de ICruz: “Colocada en el Empíreo, / es la celestial morada corto Solío a su grandeza; / a su humildad mucho Alcázar”, página 64.

<sup>44</sup> Nótese que este tipo de pluralización no se da con *harto*, a pesar de que en plural funcione del mismo modo que *mucho*: “hartas penas tengo”.

18.7. *Cada* tiene función pluralizadora, sugiriendo al mismo tiempo carácter extraordinario: “también se contempla cada espectáculo que es la monda”, RSFJ, página 18 (los espectáculos son variados y sorprendentes); “Pues no quieran ustedes saber cada trifulca que tienen”, *ibíd.*, página 267 (las trifulcas son espantosas); “Por fin, ¿vienes o vas a estudiar? —Pues mira, es que debería estudiar, ¿sabes? —¡Toma, y yo! Tienes cada idea luminosa...”, JALR, página 59.

18.8. También podría aducirse el uso de verbos que de por sí indican multitud: “Abunda el hombre malo del campo y de la aldea”, CRAAM, página 21; pero acerca de esto, v. i. 9.

18.9. Sólo agregaré que para los adjetivos indefinidos pueden haber servido, y sirven todavía de transición entre un número y otro, *todo*, singular como latín *omnis* (q. v. i.), y el uso de *mucho* y *tanto* y de los demás adjetivos indefinidos citados aquí, junto con nombres de seres numerables con valor abstracto: “Tiene mucho duende” o con colectivos: “No se explica cómo pudo fanatizar a tanta muchedumbre”, RGC, página 947; o con nombres de sustancias extensas: “Tengo grima con tanto polvo encima de la piel. Tanta tierra pegada por todo el cuerpo”, RSFJ, página 257. Por lo cual la construcción puede ser a veces ambigua: “En las construcciones modernas: ¡tanto cristal y luego echan las persianas!”; “Las patas de la mesa parecían delgadas para tanto mármol”, RSFJ, página 559. También señalaré que desde antiguo se hallan a menudo ante nombres femeninos en *-a*, de los que muchos corresponden a nombres plurales latinos, como la traducción de “per haec quae coluerunt, dedistis summa tormenta”, Sab., 12:23; “por estas cosas que adoraron dísteles mucha tormenta”, É6. Para los verbos puede citarse como posible modelo *hay* + singular, que veremos más abajo.

19.0. Hay objetos en la naturaleza y entre los productos del hombre, como también en el mundo de las ideas, que sin indicación expresa de número lo llevan intrínseco; diciendo, por ejemplo: “un paquete algo mayor que una caja de zapatos”, CTC, página 76, tenemos idea del tamaño del paquete; lo cual no sucedería si nos refiriéramos a una caja de chocolates; y esto, no tanto porque los zapatos como los chocolates no tengan varios tamaños, sino porque aquéllos llevan determinación de

número (dos) y los otros no. En la estructura de los seres naturales y en los objetos y seres fabricados o agrupados por el hombre hay muchos que aparecen en parejas, en grupos de tres, de cuatro y más: piénsese en las patas del trébede, o en las de la mesa, en los dedos de la mano, en los meses del año, en los apóstoles, en las musas. Así, si oímos que “estaban bajando las barras del paso a nivel”, RSFJ, página 217, no sólo sabemos de qué barras se trata, sino que son dos. Lo cual no sucedería en este otro pasaje: “—Cuando tenía diez años comencé a acompañar a mi padre en sus viajes con las mulas cargadas de barras de plata”, RMS, página 161. Si leemos “No se reía de verlo subido en el riel”, RSFJ, página 35, nos figuramos a una persona en uno de los dos rieles que forman la vía del tren. En cambio, en “Después vimos rieles de acero retorcidos como ramas secas”, RMS, página 119, *rieles* ha perdido, junto a su “dualidad”, parte de su sustancia semántica, asemejándose a otros hierros (cf. más abajo: “De nuestra locomotora no había quedado sino una duna de hierros arrugados”, pág. 119). Esta pérdida parcial o total se nota sobre todo en las metáforas, que tienen como base objetos que aparecen en la naturaleza en número fijo, como en las *alas* de sombrero (cf. “yo me eché sobre la cara el sombrero de alas flexibles”, RMS, pág. 38), los *ojos* del puente, *ojo* de patio, etc. No sé que se haya estudiado este aspecto de la obliteración del número en la metáfora (v. q., p. ej.: “Marco, ¿has visto las estrellas? —No te inquieten. Dicen que son únicamente los ojos de los coyotes que andan allá arriba”, RMS, página 51; y estos versos de Tirso donde ya no hay relación alguna con el número dos: “Bien te llaman, ¡oh noche!, imagen muda / de temor y de la muerte, pues con tantos / ojos apenas ves tus sombras negras”, NC 455b).

En el lenguaje de todos los días, el plural de tales nombres está generalmente sobrentendido. Contextos hay en que los objetos se subsiguen en el número de dos sin que se necesite para nada mencionar tal circunstancia: “pegando los talones inermes a los ijares del potro que montaba, lo lanzó veloz al encuentro de Juan Sevillano”, RGR, página 329.

La mención del número es enfática: *aguzar los dos oídos*, pero en muchas frases se ha lexicalizado; así en *poner los cinco*

*dedos en la cara de alguien, hacer algo con (o afinar) los cinco sentidos*: “Afiné mis cinco sentidos ante las palabras de este hombre”, JEI, página 180. Un número explícito, cuando es distinto del natural, aviva la atención u ocasiona el comentario (cf. “Le habían abierto sus tres patas, rara postura entre la del hombre y la del caballo, y la pusieron apuntando hacia el campo a través del portón abierto”, RMS, pág. 129), y se presta al uso figurado: “Mely se iba con Alicia y con Carmen. Pasaron junto al grupo de Daniel. —Vaya tres patas para un banco —dijo Alicia”, RSFJ, página 200; “Sin que haya que buscarle más motivo ni más cinco pies al gato”, *ibíd.*, página 254 (más comúnmente se dice *buscarle tres pies al gato*).

La fraseología puede también variar entre un idioma y otro por haber en uno de ellos un subgrupo, dentro del conjunto natural; así, en español se dice “dolor de muelas”, mientras que en italiano se habla de *dolore di denti* (el esp. subdivide en este caso, *dientes* [de delante], y *muelas*, generalizando el uso del nombre de éstas por ser las más comúnmente afectadas por el dolor).

19.1. El hecho es que cuando contamos podemos hacerlo “hacia fuera”, sumando las entidades, o bien “hacia dentro”, descomponiendo el grupo: “Mujer, estábamos los tres juntos. —Pues ahora estamos dos”, RSFJ, página 221; “Tienes unos ojos, hija mía, que son una película cada uno”, *ibíd.*, página 211. Éste es un descomponer y “contar hacia dentro” que contrapone a la pluralidad exterior otra interior, para la que el indoeuropeo tenía un signo morfológico propio, heredado por el griego (cf. S 46-50), y en la época actual por el ruso y por idiomas marginales, como el esloveno o el lituano, y por ciertos dialectos: el dual.

19.11. Huelga advertir que el dual no es una categoría lingüística del español, que, a la par de los otros idiomas románicos, sólo conoce dos números, el singular y el plural. Único resto aislado de una forma de dual es *ambos* (cast. arc. *amos*), que el castellano desarrolló y amplió como otras lenguas romances empleando también *entrambos* (*entramos*)<sup>45</sup> y *ambos a dos* (¿de

---

<sup>45</sup> La forma más sonante *entramos*, luego *entrambos* (cf. ital. *entrambi*), se empleó inicialmente conservando el valor de cada uno de los miem-

*amos e dos*, como ital. *ambedue?*). Ya hemos aludido al pronombre personal *nos amos* y *vos amos* del castellano arcaico (v. s., 14.1). En la época medieval, *amos* aparece también tras pronombre personal de tercera persona con función apositiva: “rompién las camisas e las carnes a ellos amos a dos”, Cid, 2738, y tras término primario modificado por un adjetivo posesivo, para especificar éste: “... et después de nuestra vida de amos a dos”, DL, número 62 (1270), l. 30. Es posible que la alternancia con la forma ampliada (+ *a dos*), mientras se empleó, preservara para *amos* o *ambos* la misma vitalidad que aún hoy tienen en italiano *ambedue* y *entrambi*, al lado de *tutti e due*. Cuando *ambos a dos*, dejó de emplearse en casi todos los nexos en que se empleaban en la lengua las dos formas susodichas, sigue siendo posible usar *ambos* pero casi sólo en la lengua escrita para denotar ‘uno y otro’ frente a ‘uno solo’ (cf. “Perderá el un pie... / por aventura amos, si mucho lo porfiare”, Apol., 466, que podría modernizarse tal cual: “El saloncillo tiene salida por detrás de ambos cuartos”, AQE, pág. 505), o para la sustitución anafórica: “Ahí tienes a Fulano y Perengano; ambos son conocidos de la casa”, o como aposición: “Antes de llegar a Ataquines ya sabíamos ambos lo que teníamos que saber el uno del otro”, JEL, página 180 (más ejes. clasificados en Cuervo<sup>1</sup>, s. v.). También se conserva el uso de *ambos* cuando indica reciprocidad o relación; compárense con “ívanse entre ambos cantando”, HTro, VIII, 2, estos pasajes: “Lo recibió con demostraciones de una amabilidad inusitada entre ambos”, RG, página 716, y “lo inadmisibile es que me pague porque, en una querrella entre ambos, él demuestre que es quien tiene razón”, JCA, página 18. Pero los usos incorrectos de la palabra documentados por Cuervo<sup>1</sup> (en oraciones como “el primero de ambos autores”, I, 415, v. q. “se cruzan ambos en la mitad del camino”, AQE, pág. 472) y la confusión con *juntos* (Cuervo<sup>2</sup>, § 532), son prueba, si falta hiciere, de la poca vitalidad de *ambos* en el habla viva. Por lo demás, situaciones análogas se expresan en manera distinta; com-

---

bro: “abenidvos entre amos”, LBA, 1480d; pero pronto también como equivalente de la forma simple: “Pus en los sus ombros entramos los sus braços”, LBA, 1406a.

párense “Fui yo a la ermita por mio amigo ver, / por que yo e él en uno amos aver plazer”, FerG, 428ab y “¿Ves cómo pasamos la nochevieja mejor los dos solitos en la intimidad?”, Cod., pero al hacerse desusado *ambos*, la forma (*los*) *dos* empezó a imponerse; cf. “Las dos cosas son imposibles”, AQF, página 744 (‘las dos cosas [a la vez]’); y también “Tonta, ¿pero no ves que cabemos los dos?”, RSFJ, página 228. Huelga advertir que *los dos* se alinea con *los tres*, *los cuatro*, etc. (cf. “Una noche estaban dormidos los cuatro, en la misma mitad de la chabola, como era costumbre familiar en ellos”, Cod.). (En ital. se diría *ambidue*, o *entrambi*, pero también, y en lengua fam. más aún, *tutti e due* [que se alinea con *tutti e tre*, *tutti e quattro*]). O se emplean formas analíticas como “uno y otro”: “Lucio miraba a uno y a otro alternativamente”, RSFJ, página 9. Cuando la dualidad comprende la primera y segunda persona, el uso del pronombre personal es taxativo: “Está cao. Casi ha soplado lo que tú y yo juntos”, RSFJ, página 226 (aquí el cast. arc. hubiese podido emplear *nos amos* [en una]). *Ambos*, dicho sea de paso, se refiere a antecedente conocido. No podría emplearse, por ejemplo, en “Nadie puede servir dos señores”, Mat., 6:24.

20.0. Volviendo a plantear la cuestión como ya hubiéramos podido hacerlo desde un principio, nos preguntamos: ¿es necesario el signo de plural? El ejemplo del francés podría hacernos suponer que no. En este idioma, el artículo ha quedado en muchos casos como única manifestación oral del número. Cuando se pronuncia en voz alta una frase como “*Quelles belles mains!*”, sólo la situación o el contexto hará comprender si el hablante se refiere a las dos manos o a una. Asimismo, cuando Rimbaud, en su poema titulado “*Tête de faune*”, escribe: “*La lèvres éclate en rires sous les branches*”, es el artículo determinado el que hace que reconozcamos el singular de *lèvre*, y sólo la lengua escrita preserva para el ojo el efecto del plural *pires* ‘risas’; un efecto al que la lengua hablada ha renunciado en aras de la economía.

20.1. También en español hay una diferencia, aunque no tajante, entre cómo se escriben y cómo se pronuncian las palabras en cuanto al signo que aquí nos interesa. El valor fonético de la fricativa alveolar no siempre es el mismo. Se sonoriza cuando precede inmediatamente a una consonante sonora, como en

“los dedos”, y se debilita mucho en posición final ante pausa, sobre todo cuando sigue una *f* o una *z* (como la inicial de *cerca*, *cinco*; del alfabeto fonético) <sup>46</sup>.

20.2. El sistema del señalamiento del plural puede sufrir también cambios radicales, como sucede en andaluz, extremeño y murciano, donde la *-s* se pierde, con o sin alargamiento de la vocal final (para el alargamiento cf. fr. *veau*, pl. *veaux*), y afectando en algunos casos a la consonante inicial de la palabra que sigue <sup>47</sup>.

MARGHERITA MORREALE.

---

<sup>46</sup> Cf. T. Navarro Tomás, *Pronunciación española* (Madrid, 1961), S, 6-116.

<sup>47</sup> Lo afirmo por mi propia experiencia. El lector podrá consultar, por ejemplo, para el andaluz, E. Alarcos Llorach, “Fonología y fonética (a propósito de las vocales andaluzas)”, *Archivum*, VIII (1958), 193-205. Por otra parte, la relajación del morfema restablece la unidad fonética del morfema y de la palabra; o sea, como hace notar B. Malmberg, “dos grupos como *las alas* y *las salas*, que normalmente son fonéticamente idénticos... pueden formar un contraste fonológico [lah-alah]: [la-salah]; cf. *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico* [Madrid, 1967], pág. 25.